

El accionar prosocial desde la potencialidad humana en jóvenes adolescentes con factores de riesgo en El Salvador¹

Francisco Antonio Calderón Alfaro
Sara Carmelina Chávez Alfaro
René Edgardo Iraheta Iraheta

Palabras clave:

acción prosocial, recursos internos, vulnerabilidad.

Resumen

Esta investigación analiza la relación entre acción prosocial y los recursos internos de los jóvenes salvadoreños que presentan algún factor de vulnerabilidad en dos centros educativos públicos de La Libertad, El Salvador. Se utiliza una metodología cuantitativa de corte correlacional, con diseño no experimental y transversal. Se conjugan instrumentos existentes para la formulación de la escala de acción prosocial y recursos internos. La población ($N=421$) sujeta de estudio son estudiantes de entre 13 y 18 años, de ambos sexos, de tercer ciclo de educación básica y bachillerato. Al recopilar los datos, se obtienen 331 cuestionarios de estudiantes que reportaron algún factor de vulnerabilidad y 90 que no reportaron ninguno. Los resultados se sometieron a un análisis estadístico utilizando el coeficiente de correlación de Pearson. Se obtiene, por resultado, una relación positiva de intensidad media entre acción prosocial y recursos internos. Se evidencia que los estudiantes presentan en menor o mayor medida acciones prosociales y recursos internos a pesar de los factores de vulnerabilidad presentes. Se concluye que los recursos internos fomentan las acciones prosociales y estas ayudan a desarrollar los recursos internos de los jóvenes; las oportunidades para ejercer estos comportamientos deseables se ven limitadas por el contexto social.

Los estudios sobre acción prosocial toman mayor auge ante el asesinato de Kitty Genovese (1935-1964), una ciudadana estadounidense que fue atacada y, al pedir

1 Este artículo está basado en el trabajo de graduación presentado para optar al grado de Licenciatura en Psicología en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", 2019.

auxilio, a pesar de haber una gran cantidad de espectadores, nadie acudió en su ayuda. A partir de este caso surgieron interrogantes en dos vertientes (González, 1992; Moñivas, 1996). Posteriormente, se empezó a teorizar formalmente sobre qué es la acción prosocial y qué la motiva. Se coincidió en que la acción prosocial es una conducta de ayuda dirigida hacia otras personas, pero que se da de manera inversamente proporcional al número de espectadores —al menos en referencia a la acción de ayuda que propició su estudio a raíz del caso Genovese—. Esta conducta de ayuda genera o no un beneficio para quien realiza dicha acción (González, 1992). Martín-Baró (1985) define a la acción prosocial a partir de su resultado, el cual se encuentra permeado de una intencionalidad voluntaria característica de ciertas formas de pensamiento.

El accionar prosocial puede verse caracterizado, según Martín Baró (1985), de tres maneras: la cooperación, la solidaridad y el altruismo. La cooperación, según el autor, la comprenden actos enfocados al bien común. Se expresa en el trabajo en conjunto, la división equitativa de tareas y el establecimiento de acuerdos para alcanzar una meta. La solidaridad es el apoyo con la noción de responsabilidad por dar una respuesta justa acorde a las normativas sociales. La solidaridad se refleja en el comprometerse con instituciones benéficas y el ofrecer ayuda a quien la necesita, en virtud de nexos psicosociales entre los distintos actores involucrados. Por último, el altruismo radica en la intención desinteresada de generar un beneficio al otro, aunque implique dificultades o sacrificios al que ofrece la ayuda. El altruismo implica el ayudar desinteresadamente y participar en asociaciones que pueden requerir sacrificios importantes y personales.

Dentro de las corrientes que intentan dar una explicación sobre qué propicia la acción prosocial, se encuentra la psicología positiva. Desde la psicología positiva (Marín, 2009; Betina y Norma, 2016), se comprende la acción prosocial como una conducta positiva destinada primordialmente a contribuir

al bienestar psicológico de otras personas. La acción prosocial sucede a medida que se ponen en práctica los recursos internos de que dispone cada persona, aproximándose a la autorrealización mediante estos. Los autores de la psicología positiva orientan sus esfuerzos a comprender el porqué y el cómo del desarrollo de fortalezas humanas, las cuales componen los recursos internos de las personas (Casullo y Urquiza, 2006; Arias, 2015).

Tres recursos internos permiten que el bienestar psicológico sea auténtico y generalizable: relaciones positivas, atención a las normas y capacidad empática. Las relaciones positivas son entendidas como los vínculos encaminados a fomentar la mutua satisfacción de necesidades. Estas pueden ser observadas a través de la expresión de afecto y cuidado, la cercanía emocional, el reconocimiento de emociones y necesidades de otros, la amabilidad, la confianza y la capacidad de adaptación (Snyder & Lopez, 2007; Jiménez, 2011). La atención a normas es el apego hacia lo socialmente establecido para alcanzar un bienestar colectivo. Se expresa en la participación en organizaciones, la lealtad, el trabajo en equipo, el trato equitativo, la regulación de necesidades, la reciprocidad por lo recibido, la disciplina y el trato justo (Seligman, 2003). El último recurso interno es la capacidad empática, comprendida como la preocupación por otros a través de la comprensión y la aceptación. Se puede observar en el interés por conocer a otros, brindar consejos desde la posición del otro, la búsqueda de la reconciliación, el uso de la comunicación y la retroalimentación (Snyder & Lopez, 2007).

Al retomar los estudios realizados sobre acción prosocial, Redondo, Rueda y Vega (2013) encontraron que al potenciar las acciones prosociales se moderan las conductas violentas y la agresividad, además de favorecerse los vínculos interpersonales. Al promoverse las acciones prosociales, se generan importantes cambios en la inestabilidad emocional, la hostilidad y la impulsividad. Los cambios generados en la acción proso-

cial han sido logrados a través de intervenciones sociales que estimulan la sensibilidad empática, el trabajo grupal, el autocontrol y el apego a las normas, aspectos que pueden considerarse como elementos que componen los recursos internos de la persona (Ruiz, 2005; Snyder & Lopez, 2007; Garaigordobil, 2017). Como consecuencia, se han favorecido la cooperación y el altruismo, además de contrarrestarse parte de las conductas antisociales y egoístas (Arias, 2015).

La acción prosocial es un predictor de protección sobre el consumo de drogas —alcohol y cannabis— en adolescentes de centros educativos públicos y privados. Estudios realizados con jóvenes de México y España (Olivares, Favela, Tirado, Barragán y Hernández, 2013; Hernández-Serrano, Espada y Guillén-Riquelme, 2016) concluyen que la probabilidad de consumo de drogas es menor entre los adolescentes que presentan conductas prosociales. El no consumir estupefacientes facilita formación de relaciones positivas e interpersonales, influye en la estabilidad emocional y en el concepto de valía del individuo. Además, las mujeres presentan mayores puntajes de acción prosocial que los hombres. Esta diferencia se debe, en parte, a procesos de socialización, ya que a las mujeres se les promueve la empatía y el anteponer las necesidades de otros sobre las propias (Hernández-Serrano *et al.*, 2016).

En diversos estudios (Inglés, Benavides, Redondo, García-Fernández, Ruiz-Esteban, Estévez y Huescar, 2009; Inglés, Valle, García-Fernández y Ruiz-Esteban, 2010; Inglés, Martínez-González y García-Fernández, 2013) realizados en centros educativos con jóvenes entre las edades de 12 a 16 años, se ha demostrado que la acción prosocial puede llegar a ser un indicador del éxito académico. Estos estudios concluyen que los estudiantes que valoran las metas de aprendizaje y logro incrementan su interés por aprender y no por recibir recompensas externas; al mismo tiempo, son modelos de conducta a sus iguales.

Lyubomirsky, King y Diener (2005) exponen que las personas con mayor bienestar subjetivo también trabajan activamente en el logro de metas concernientes al entorno. Los autores agregan que las personas con mayor felicidad o bienestar tienden a involucrarse en actos de caridad, de servicio a la comunidad. El desarrollo de recursos internos se relaciona con un mayor deseo de contribuir y ayudar a la sociedad, de compartir y disfrutar con otros. Los estados de felicidad pueden incrementar la probabilidad de ayudar a los demás, llegándose a generar conductas altruistas, pues se favorece la simpatía y el apego hacia terceros.

Molina, Guevara y González (2017), en un estudio realizado en El Salvador, caracterizan a los voluntariados como una acción de ayuda. Entre las motivaciones identificadas para realizar un voluntariado, se encuentra el interés en acciones vinculadas al sentido humanitario y moral. Se evidenció que, al iniciar un voluntariado, la institución obtiene los servicios de la persona, y esta última obtiene experiencia laboral. Más aún, en la medida en que se realiza esta labor, se generan vínculos sociales que potencian la satisfacción personal, fomentan la continuidad de estas actividades y, paulatinamente, van más allá del propio interés. Con todo, las investigaciones realizadas de forma específica en El Salvador sobre los comportamientos prosociales son escasos y deben ser retomados para entender de mejor manera el fenómeno desde estas coordenadas culturales. En un estudio transcultural, Levine (2003) obtuvo como resultado que una muestra de la ciudad de San Salvador tiene una tasa de ayuda hacia el otro cercana del 75 %. El Salvador se ubica por arriba del promedio en comportamientos prosociales. Levine (2003) destaca los resultados obtenidos en El Salvador debido al contexto social, ambiental, político y económico inestable que caracteriza a la región.

Vale la pena señalar que el contexto social salvadoreño está caracterizado por ciertos factores de vulnerabilidad. Los factores de

vulnerabilidad son aquellas situaciones culturales, sociales o financieras, cuya presencia o carencia hacen que los individuos y grupos tengan dificultades para acceder a los recursos necesarios para una conveniente integración a la sociedad (Bendit y Stokes, 2004). Entre estos factores, se pueden encontrar: el desempleo, la inseguridad ciudadana, la falta de formación académica, el consumo de alcohol y drogas, el ser mujer y madre, la seguridad de vivienda, la carencia de progenitores, entre otros (Bendit y Stokes, 2004). Los factores de vulnerabilidad dificultan el poder dar una respuesta a la adversidad u ocasionan una incapacidad para adaptarse al cambio que podrían acarrear situaciones adversas (González, 1992).

En el caso de El Salvador, las personas menores a 29 años constituyen el 56.6 % de la población total, ubicándose entre los 15 y los 29 años aproximadamente. El 30 % de la población está constituida por personas jóvenes (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2018). A pesar de ser el grupo etario más numeroso, las redes de apoyo son reducidas en el colectivo, siendo uno de cada tres niños, niñas y adolescentes entre los 0 y los 17 años quienes viven sin algún o sin ambos padres (Dirección General de Estadística y Censos [DIGESTYC], 2018). En otras palabras, un porcentaje alto está en situación de vulnerabilidad social, donde la ayuda solidaria o la acción prosocial adquiere particular relevancia.

Cabe mencionar que los jóvenes en el territorio salvadoreño se han encontrado atrapados en dinámicas de violencia en las cuales son víctimas, victimarios y observadores, siendo, al mismo tiempo, estigmatizados socialmente (PNUD, 2018). Entre el periodo 2007-2017, se contabilizaron 44,334 homicidios, de los cuales el 51.7 % eran víctimas jóvenes de entre 15 y 29 años, siendo hombres nueve de cada diez casos (Policía Nacional Civil [PNC], 2018). El país cuenta con la tasa más alta a nivel mundial de homicidios en menores de 19 años, con 27 por cada 100,000 para el año 2012 (Fondo de las

Naciones Unidas para la Infancia [UNICEF], 2014).

Como parte de las situaciones vulnerables en la que se encuentran inmersos los jóvenes menores de 18 años, la Comisión Nacional Antidrogas (2017) encontró que un 41.4 % de los jóvenes son consumidores habituales de alcohol, el uso de cannabinoides en ese grupo fue de un 25 % y el abuso de otras drogas corresponden al 17.4 %. Son los jóvenes, principalmente del sexo masculino, quienes están involucrados en el 90 % en delitos relacionados al tráfico ilícito y posesión de drogas. De manera alarmante, se constató que las personas detenidas por estos delitos, el 70 %, está conformado por jóvenes de entre 15 y 24 años.

Por otro lado, los jóvenes son perseguidos socialmente, siendo las agrupaciones ilícitas el principal delito cometido por menores de edad con un 13.4 %, seguido por extorsión con el 12.5 %, robo agravado con el 11.8 %, y homicidio agravado con el 11.6 % en 2009. A pesar de lo anterior, la mayoría de los delitos en El Salvador (ocho de cada diez) son cometidos por adultos y no por adolescentes (UNICEF, 2014). La persecución hacia la juventud es dada principalmente por las agrupaciones pandilleras existentes en el territorio; en San Salvador, el 90 % de los miembros de pandillas son menores de 21 años (Cruz y Portillo, 1998). La dinámica del grupo de la pandilla puede generar un sentido de pertenencia y atracción afectiva, del que han carecido en sus vidas particulares, o puede generar una sensación de control, sometimiento y miedo, debido a la inclinación delictiva del grupo (Cruz y Portillo, 1998; Jiménez, 2007). No obstante, la dinámica pandillera gira alrededor de la obtención de dinero de forma fácil o rápida por medio de actividades delictivas (Cruz y Portillo, 1998). Vemos aquí la paradoja de que la pertenencia a una red social, que usualmente es un factor de protección, está mezclada e indiferenciada de condiciones de peligrosidad.

La violencia ha dificultado la vida de los jóvenes. Para el 2013, la delincuencia fue

la tercera mayor causa de deserción escolar; el cambio de domicilio y el abandono del país constituyeron la primera y la segunda, respectivamente —situaciones que pueden vincularse a la violencia al evaluar las circunstancias (Ministerio de Educación [MINED], 2016)—. De los jóvenes con edad para asistir a bachillerato, los hombres reportan que las principales razones para no inscribirse en los estudios de secundaria son: la falta de interés, 35.4 %; por trabajo, 27.8 %, y costos económicos, 19.6 %. Por el lado de las mujeres, entre las principales razones para no asistir a la escuela se identifican las siguientes: la falta de interés, 36.9 %; costos económicos, 22.2 %; el trabajo doméstico y el cuidado de otros en el hogar, 11.7%, y problemas en el hogar, 9.1 % (DIGESTYC, 2018). Cabe destacar que las adolescentes no terminan sus estudios de secundaria por las dificultades complejas que conlleva el embarazo adolescente y el trabajo doméstico que se ven obligadas a realizar, y también por problemas de la convivencia en el hogar. Una de cada tres mujeres embarazadas es adolescente, de entre 10 y 19 años (Educación con Participación de la Comunidad [EDUCO], 2018).

En El Salvador, los jóvenes no logran completar el plan de estudio, el cual comprende 9 años de educación básica y 2 o 3 de educación media (UNESCO, 2010). Para el 2013, quienes se ubicaban entre los 15 y los 24 años promediaron 9 años de escolaridad a nivel nacional: 7.8 en el área rural y 9.8 en el área urbana. Asimismo, el grupo de 25 a 29 años ha logrado 7.5 años de escolaridad en promedio: 4.8 en el área rural y 9.1 en la urbana (MINED, 2016). El promedio de escolaridad a nivel nacional es de 6.8 grados; en el departamento de La Libertad es de 6.7 grados (DIGESTYC, 2018).

A pesar de que en la actualidad las situaciones contextuales en el país son desfavorables hacia los jóvenes, el PNUD (2018) analizó la resiliencia de estos en el país. Destacan aspectos pertenecientes a los componentes de habilidades personales, la colaboración con quienes los rodean y la

capacidad de resolver problemas sin dañar a otros (Resilience Research Center [RRC], 2016, citado en PNUD, 2018). En segundo lugar, destacan los cuidados psicológicos, el apoyo de la familia durante las dificultades y el sentimiento de seguridad y confianza hacia ellos. En tercer lugar, se ubica el contexto cultural, lo que hace referencia al orgullo de ser miembro de su familia, la identidad salvadoreña y su pertenencia a la comunidad (PNUD, 2018).

Así, resulta importante estudiar la acción prosocial en el contexto salvadoreño partiendo del contexto en el cual Levine (2003) la identifica. El desarrollo personal de los jóvenes se ve obstruido por la dinámica social, la cual pareciera dificultar la promoción del accionar prosocial. Junto al estigma social hacia la juventud, el grupo etario se encuentra permeado por dificultades contextuales como el incumplimiento del plan de estudio, el consumo de drogas, ser víctimas de violencia, la desintegración familiar, entre otras. A pesar de la situación de vulnerabilidad, la juventud salvadoreña logra desarrollar recursos internos (RRC, 2016, citado en PNUD, 2018) que le ayudan hacer frente a la adversidad y a realizar comportamientos de ayuda hacia otros.

La acción prosocial ha sido estudiada previamente desde distintas corrientes psicológicas en una búsqueda de dar explicación al fenómeno. Una primera aproximación al estudio de la acción prosocial parte de la delimitación de la personalidad altruista (Ruiz, 2005). Otros estudios de rasgos personales han encontrado correlaciones positivas entre conducta prosocial y aspectos como la autorregulación, el autoconcepto, la autoestima y las creencias de autoeficacia (Calvo, González, y Martorell, 2001).

En cuanto a la perspectiva sociobiológica, se considera que la acción prosocial está determinada por los genes, lo cual favorece a la familia para asegurar la supervivencia del endogrupo. No obstante, es aceptado que los rasgos de carácter individual, entre los que se

puede añadir el sexo, no actúan en el vacío, sino que están inmersos en un contexto social más amplio (Moñivas, 1996). La conducta prosocial en la adolescencia es cambiante, siendo mayor al inicio de la etapa, decayendo a mediados de la adolescencia e incrementándose nuevamente al aproximarse la finalización de la adolescencia (Carlo, Crockett, Randall y Roesch, 2007, citado en Auné, Blum, Abal, Lozzia y Horacio, 2014).

Las diferentes estrategias parentales conllevan y promueven características en el clima familiar, que pueden mediar sobre el comportamiento prosocial de los jóvenes. Ortiz, Apodaca, Etxebarria, Ezeiza, Fuentes y López (1993) identificaron aspectos relacionados con la familia como el apego seguro que los cuidadores establecen con sus hijos e hijas. En cuanto a la forma de disciplina, la inducción —entendida como la toma de perspectiva y empatía con otro que sufre— fomenta la conducta prosocial en las mujeres. Entre los hombres, por otro lado, la retirada del amor es la mayor predictora del comportamiento. El estilo de crianza democrático destaca debido al establecimiento de límites claros en conjunto con el apoyo emocional definido, además de la promoción de conductas empáticas y la toma de perspectiva del o los afectados (del Toro, 2015).

En las teorías del aprendizaje, se explica la acción prosocial a partir de contingencias presentes en el ambiente. Son las recompensas o los castigos los que facilitan comportamientos socialmente deseables (Casullo y Urquiza, 2006). La perspectiva que se inclina hacia el aprendizaje social señala que la acción prosocial se transmite de forma progresiva y por medio del modelamiento. El aprendizaje social surge mediante la observación y la experiencia directa, las cuales facilitan adquirir las conductas asociadas a la solidaridad y la cooperación (Arias, 2015).

Las teorías del razonamiento moral, relacionadas con el desarrollo del pensamiento, proponen que las personas analizan las situaciones conflictivas como un problema. Es la forma de razonar de las personas de lo cual

depende la acción prosocial. Kohlberg (1976, citado en Batson & Powell, 2003) propone seis estadios de razonamiento moral, agrupándolos en tres niveles. (a) preconventional, basándose en las consecuencias personales directas; (b) convencional, orientado por las normas sociales, reglas y leyes; y (c) posconvencional, el cual retoma principios universales que trascienden las normas convencionales de la sociedad.

Los valores son provenientes de la familia, la sociedad y otros entes socializadores. Los valores se convierten en motivadores intrínsecos en la persona. Ortiz, Etxebarria, Apodaca, Conejero y Pascual (2018) identifican valores como la vergüenza, el orgullo, la culpa, la empatía y el orgullo moral —creencia de hacer lo correcto— que relacionan el comportamiento prosocial durante la niñez y la adolescencia. Son las niñas quienes puntúan más alto en empatía y comportamiento prosocial. Cuando se toma en cuenta la variable de edad, se ha constatado que el comportamiento prosocial tiene una relación negativa con el sentimiento de culpa y el orgullo moral.

Vignale (2009) encontró que en la medida en que una persona se reconocía como parte de una red de apoyo, se incrementaba la probabilidad de efectuar una acción prosocial. Al experimentar un sentido de pertenencia, es posible considerar que necesidades básicas tales como las de seguridad y protección se encuentran satisfechas. Al ver consideradas sus las necesidades básicas satisfechas, las personas continúan buscando el desarrollo humano que les permite autorrealizarse. La autorrealización motiva a la persona a realizar acciones que superan los propios deseos y a valorar las necesidades de los demás (Quintero, 2007).

Las diversas maneras de concebir a la acción prosocial han permitido comprenderla a mayor cabalidad. Sin embargo, los modelos mencionados suelen enfocarse ampliamente en lo que está ausente y en las carencias propias de la persona o su contexto. Es ahí que los teóricos de la psicología positiva

contribuyen, coincidiendo en que la felicidad o bienestar es un estado deseable en cualquier contexto y que, lastimosamente, ha sido relegado a un papel secundario, aun cuando puede incrementarse de manera sostenida (Seligman, 2003). El estado de bienestar o felicidad es a lo que la persona puede aproximarse al realizar acciones prosociales como la cooperación, la solidaridad y el altruismo, siendo formas de trascender y aproximarse a la autorrealización (Casullo y Urquiza, 2006; Arias, 2015).

Cooperación

La cooperación, como una de las expresiones de la acción prosocial, comprende el trabajo en conjunto de varios actores en búsqueda de un paradigma ganar-ganar. Existen expresiones de cooperación forzada, las cuales son esperadas para el funcionar de la sociedad, como: el cumplimiento de leyes, la distribución laboral, el sistema sexo-género tradicional, entre otros (Martín-Baró, 1985; Moñivas, 1996; Gaviria, Cuadrado y López, 2009). Las personas cooperan con el fin de lograr objetivos comunes, objetivos que pueden variar dependiendo de la interpretación de los actores. Durante un intercambio social, se realiza un análisis de costo-beneficio de forma individual en el cual la persona forma conclusiones sobre el aporte de las partes involucradas (Kaufman, 1977; Martín-Baró, 1985; Marín, 2010).

La cooperación forzosa se diferencia de la cooperación voluntaria sobre el análisis de quienes realizan la acción en conjunto. Las personas realizan una evaluación de los otros miembros participantes para llegar a sus conclusiones. En su inferencia, valoran de forma más favorable a miembros de un mismo grupo que a sujetos externos (Martín-Baró, 1985; Marín, 2009; Gómez, 2013). La cooperación entre individuos, la más común en la cotidianidad, suele favorecer a individuos similares siendo importantes dinámicas como la comunicación, el establecimiento de acuerdos claros y la relación de poder entre los participantes. Por otro lado, la cooperación

intergrupala —de grupos sociales o entre sociedades— tiene como característica que motiva, pero no garantiza, conductas de cooperación, y cuanto mayor sea el conflicto/objetivo, más será potenciada la cooperación (Martín-Baró, 1985, Gaviria *et al.*, 2009; Vignale, 2009).

La cooperación puede verse afectada por el objetivo que los participantes deseen alcanzar. Metas percibidas como grandes o difíciles de alcanzar pueden motivar a las personas a cooperar con otras con intereses similares para lograr sus fines. La separación consensuada del trabajo promueve al mismo tiempo la productividad y el éxito (Kaufman, 1977; Martín-Baró, 1985). Al final, la cooperación puede ser entendida como una alianza, el trabajo colaborativo que se antepone a la competencia (Kaufman, 1977). Ante una dificultad común, el compromiso realizado por los actores participantes de unirse ante un objetivo-problemática común pone a disposición el trabajo colaborativo de las partes involucradas. Por otro lado, la competencia busca la realización de los objetivos con el fin de obtener el beneficio propio (Martín-Baró, 1985), desatendiendo los intereses de las otras personas o grupos.

Solidaridad

Por el lado de la solidaridad, esta se comprende como el apoyo que se les da a otras personas, o a las causas de las mismas, cuando se asume como una responsabilidad respecto a alguien o algo. En la solidaridad, las personas consideran como un deber moral el contribuir a la solución de un problema (Martín-Baró, 1985). La compasión entra en juego como aspecto motivacional debido a que se logra percibir el sufrimiento ajeno. Al atender a la dificultad, la solidaridad impulsa actos de generosidad que pretenden aliviar el sufrimiento y redistribuir la carga de los demás (Stiefken, 2008).

Giraldo y Ruiz-Silva (2015), en la misma línea que Martín-Baró (1985), argumentan que la solidaridad es una práctica social orientada a superar la disparidad y la injusticia. La

práctica de la solidaridad supone, en primer lugar, percibir el sufrimiento y el padecimiento de quien está en condición de vulnerabilidad para alcanzar un cambio. En segundo lugar, plantea la necesidad de traducir en acciones concretas a la orientación abstracta de querer ayudar. Asimismo, Lipovetsky (2000) señala que la solidaridad es un tipo de ayuda que aporta al progreso en valores, ya que no necesariamente se pide algo a cambio cuando esta se ofrece.

Páez (2013) determina que la solidaridad contribuye a un acercamiento del panorama propio de cada contexto, pues permite tomar conciencia acerca de la vida social y las implicaciones de la misma. De igual forma, el autor destaca el compromiso de hacer lo correcto con base en la responsabilidad ética. La solidaridad se forma a lo largo de las etapas de crecimiento del ser humano, se puede aprender y se traduce en acciones responsables hacia los demás. Este tipo de acción prosocial exige que se tome partido del otro en situación de necesidad, dejando de lado los comportamientos egoístas.

Cabe aclarar la diferencia entre solidaridad y beneficencia. La solidaridad fortalece las relaciones horizontales entre los miembros de una comunidad, mientras que la beneficencia parte de un paternalismo más vertical. Se reconocen tres dimensiones de la solidaridad: (a) es un valor que se expresa en actitudes que pueden ser enseñadas; (b) es un criterio de acción que se puede formar a través de proyectos continuados en el tiempo; y (c) es un principio de organización social, ya que se nutre la cohesión social orientada al bien común (Romero, 2015).

Altruismo

En la literatura es posible encontrar a diversos autores quienes denominan a la acción prosocial como acciones o conductas altruistas. Sin embargo, para establecer una diferencia entre ambos términos, la acción prosocial se considera como tal en función de sus efectos, y no tanto en lo que ha motivado

su expresión. Es decir, si una acción genera un beneficio a otra persona, sin importar si se obtiene una gratificación externa o no, es posible denominarla como prosocial (Gonzales, 1992; Auné *et al.*, 2014).

Por otro lado, para que una acción sea considerada como altruista, se valora la motivación o el objetivo para su expresión. Quien genere la acción debe estar motivado a querer ayudar a la otra persona con el fin último de generarle bienestar. Es así posible concebir al altruismo como la disposición de buscar el bienestar ajeno, que puede llegar a desembocar en una acción voluntaria y desinteresada que produce un beneficio social, cuyo principal beneficiario es el otro y no quien realiza la acción. Esto permite determinar a toda acción altruista como prosocial; sin embargo, no toda acción prosocial es altruista (Martín-Baró 1985; Batson, 1991; Morales, Moya, Reboloso, Huici, Marques, Páez y Pérez, 1994).

Entre las condiciones para considerar a una acción altruista se encuentran: (a) el anteponer la necesidad del otro a la propia, (b) que la acción realizada implicó más costos o sacrificios para quien realiza dicha acción, (c) que se generaron y mantuvieron efectos positivos en quien es beneficiario. La acción altruista se debe realizar de manera voluntaria, queriendo asistir de forma consciente al otro que podría estar enfrentando una situación de riesgo o peligro. Por último, la acción se realiza sin esperar algún tipo de recompensa a cambio o algún tipo de gratificación externa. No obstante, la acción se sigue considerando como altruista aun si se experimenta una gratificación interna (Morales *et al.* 1994).

Para experimentar el deseo de auxiliar al otro, es necesario observar y reconocer cómo la vivencia de una determinada situación negativa le está afectando a esa otra persona. Para el reconocimiento de la vivencia del otro es requerido identificar su estado cognitivo (comprender el razonamiento que puede tener de la situación negativa) y una identificación de su estado afectivo (incluso experimentando en cierta medida las emociones sentidas por el

otro) (Fernández, Carrera, Oceja y Berenguer, 1996). Entre los ejemplos de acción altruista que se pueden mencionar, se encuentra ayudar a alguien perdido, donar órganos, unirse a un grupo de rescate, entre otros. Una de las situaciones que mayor denota a la acción altruista es el sacrificio de la vida por alguien más, ya sea por la defensa de los derechos o por tomar acciones en favor de una población socialmente vulnerable (González, 1992).

Fortalezas humanas como recursos internos

Así como se planteó anteriormente, la acción prosocial puede ser entendida como una expresión del proceso de autorrealización. Existen catalizadores para acceder al estado de felicidad plena propuesto desde el modelo de la psicología positiva. Se les conoce como pilares y son tres: (a) las emociones positivas; (b) las fortalezas positivas, que componen recursos internos o virtudes; y (c) las instituciones positivas —como la unidad familiar o la democracia—, que se consideran vehículos que promueven los recursos internos y las emociones positivas (Peterson y Park, 2009).

Al poner a disposición de otros los recursos internos, se trasciende la idea de satisfacción y bienestar individual y se fortalece el desarrollo integral de la persona. Las instituciones positivas potencian tanto el capital personal como el social. Los tres pilares permiten que se pueda practicar una conducta valiosa tanto para la persona como para la sociedad (Vázquez, 2009). Se considera que las experiencias que facilitan las emociones positivas hacen que las emociones negativas se anulen. Toda fortaleza puede ser clave para la recuperación de un acontecimiento difícil, actúan como barreras y amortiguadores de experiencias complejas (Seligman, 2003).

Según Seligman (2003), el bienestar o felicidad, dos conceptos equivalentes en la literatura, es un estado que se puede promover identificando ciertos rasgos que toda persona posee. El autor denomina a estos rasgos como

fortalezas humanas. El bienestar es lo que desea promoverse desde la psicología positiva, reconociendo que cada persona accede al mismo por distintas vías expresadas por medio de sus recursos internos. Por tanto, es esencial que cierto grado de felicidad deba cultivarse individualmente, al controlar la experiencia interna, para luego compartir con otros el bienestar (Csikszentmihalyi, 1997).

Todas las personas tienen recursos internos que pueden desarrollar mediante la expresión de las fortalezas, aunque, con frecuencia, habrá que esforzarse poseerla (Peterson y Park, 2009). Snyder & Lopez (2007) enfatizan que las personas con una orientación social tienen actitudes positivas hacia las personas, comprenden y aceptan a los otros y se preocupan por los demás. Las personas con esta orientación social cuentan con el recurso de capacidad para ser empáticos, por lo que también tienden a fomentar y desarrollar fortalezas de carácter interpersonal.

La felicidad es un estado accesible, mediante la identificación y el desarrollo de los recursos internos. Los recursos pueden verse reflejados en pensamientos, sentimientos y comportamientos. Existen en grados y se pueden medir (Park, Peterson & Seligman, 2004; Jiménez, 2011). Las fortalezas humanas pueden ser de dos tipos según su expresión temporal: (a) tónicas, aquellas que se pueden presentar varias veces en un día, o (b) fásicas, aquellas que llegar a presentarse solo en algunas ocasiones en la vida y con ello basta (Seligman, 2003). Fredrickson (2001) corrobora que las fortalezas pueden ampliar los recursos físicos, intelectuales y sociales a los cuales recurrir para aprovechar una oportunidad o enfrentar una amenaza.

Como resultado del proceso de autorrealización, la felicidad plena está enraizada a algo que trasciende. Es decir, a un bienestar auténtico en el cual los recursos internos se ponen a disposición de diferentes proyectos que trazan metas hacia otros y con otros, que permiten construir relaciones positivas que aportan sentido a la existencia. Lo anterior se

denomina como la felicidad con significado (Snyder & Lopez, 2007; Jiménez, 2011).

Seligman (2003) señala que las personas con un auténtico bienestar son aquellas que se caracterizan por ser más altruistas y solidarias al hacer un ejercicio pleno de sus recursos internos. De esta manera es posible encontrar personas que invierten su desarrollo psicológico en los intereses comunes, puesto que disfrutan de compartir su felicidad (Csikszentmihalyi, 1997). Los recursos internos de las personas pueden ejercer sus fortalezas en relación con el accionar prosocial por medio de las relaciones positivas, la atención a las normas y la capacidad de ser empático.

Relaciones positivas

Las relaciones positivas son un tipo de relación que genera un sentimiento gratificante y mutuamente satisfactorio entre dos o más personas. La forma en que nos relacionamos con otros de forma asertiva, tomando en cuenta las necesidades propias y las de otros, conlleva a comportamientos de cooperación y colaboración en la búsqueda de logros. El aprendizaje de habilidades asertivas le permite al adolescente expresar sus emociones, objetivos, autonomía e individualidad de una forma constructiva que contribuya a su bienestar (Marín, 2009; Betina y Norma, 2016).

Las relaciones positivas son un factor clave que contribuye al bienestar y a la salud mental por medio del establecimiento de logros y sentido (Park, Peterson y Sun, 2013; Betina y Norma, 2016). La interacción ante un problema o *impasse* en una interacción social que ha sido resuelta de forma asertiva conlleva un tipo de experiencia emocional y cuestionamiento interno que supone da un sentido de vida a la persona. Las buenas relaciones generan a su vez una red de apoyo emocional e instrumental, un sentido de conexión y la oportunidad de compartir afectivamente con otros (Park, Peterson y Sun, 2013).

Según Park, Peterson & Seligman (2004), como potenciadores del bienestar se encuen-

tran las fortalezas de las personas. Entre las fortalezas de las personas asociadas con las relaciones positivas están el amor, la generosidad, la inteligencia emocional y el liderazgo (Peterson & Seligman, 2004). Es la expresión de las fortalezas por medio de las relaciones positivas lo que permite la autorrealización y trascender en forma de acciones prosociales (Park, Peterson & Seligman, 2004; Arias, 2015). El amor como fortaleza hace referencia al pensar, sentir y actuar hacia otros. El amor en las relaciones se presenta de tres formas: hijo-cuidador, cuidador-cuidado, romántico (Peterson & Seligman, 2004). La generosidad comprende la combinación del reconocimiento de otros como parte de la satisfacción de necesidades del individuo y el reconocimiento de la humanidad del otro en cuanto al reconocimiento de sus propias necesidades, sin fines utilitarios (Peterson & Seligman, 2004; Eguiluz y Plasencia, 2014). En cuanto a la inteligencia social, esta se comprende inicialmente como la habilidad de abstraer, de reconocer similitudes, diferencias, patrones y otras relaciones que funciona en tres niveles: inteligencia personal, inteligencia emocional e inteligencia social (como colectivo social o grupos) (Peterson & Seligman, 2004). Es la inteligencia social la que se relaciona de forma positiva con la presencia de más fortalezas en las personas (Sánchez, 2014). El liderazgo se explica como una combinación de atributos cognitivos y emocionales que fomentan, orientan o influyen. Los atributos se encuentran dirigidos a ayudar a otros, que a su vez direccionan y motivan las acciones de otros hacia un beneficio colectivo (Peterson & Seligman, 2004).

Atención a las normas

La psicología positiva, en su enfoque más hedonista, relativiza la felicidad al definirla como un bienestar subjetivo que desarrolla las potencialidades individuales. Se plantea la necesidad de atender a las normas y así poder transferir a la comunidad el estado de bienestar de la persona (Arias, 2015). Dentro de la atención a las normas, cobran relevancia las prescripciones socioculturales reconocidas

como intrínsecamente valiosas y que regulan las prácticas interpersonales que aseguren el éxito en comunidad (Corral, 2012). El posponer la gratificación es inevitable —y necesario— para mantener cierto orden social exitoso. Para alcanzar un bienestar que trascienda es imprescindible trabajar por objetivos externos y postergar algunos deseos, sin olvidar el desarrollo de objetivos propios y libres de control social ciego (Csikszentmihalyi, 1997). La sociedad no podría continuar sin las normas que permiten una vida en comunidad saludable (Peterson & Seligman, 2004). No obstante, si el contexto es conflictivo y no aporta un marco de referencia adecuado, algunas personas pueden utilizar sus fortalezas para llevar una vida con sentido a partir de principios universales (Csikszentmihalyi, 1997).

Seligman (2003) indica que las personas pueden aproximarse a un estado de elevación al ejercer cualquier fortaleza con resultados virtuosos que trascienden lo planificado o esperado —como al compartir el bienestar—. Al atender las normas, estas pueden ser interiorizadas para garantizar el respeto a los derechos y deberes socialmente deseables. La atención a las normas ajusta el filtro del razonamiento y del sentido de justicia.

Se consideran relevantes para este recurso interno las siguientes fortalezas humanas: el civismo, la imparcialidad, el autocontrol y la gratitud. Por otro lado, el miedo predomina al resaltarse la obediencia y la sumisión, lo cual no conduce a estados plenos y deseables de reciprocidad, de responsabilidad social o de equidad y justicia, que aseguren la experiencia de emociones positivas (Casullo, 2006; Bernabé-Valero, 2014). El civismo hace referencia a la capacidad de integración a distintas situaciones con diferentes tipos de personas; se resalta la colaboración y el servicio a otros (Peterson & Seligman, 2004). La imparcialidad significa que la persona no permite que los sentimientos individuales contaminen sus decisiones sobre otras personas; la principal guía del actuar de cada individuo proviene de valores morales más

amplios (Peterson & Seligman, 2004; Peterson & Park, 2009). Por su parte, el autocontrol se refiere a la expresión adecuada, moderada y razonada de los deseos y las necesidades individuales. El autocontrol implica contener impulsos cuando la situación lo requiere, ser disciplinado (Seligman, 2003). Finalmente, la gratitud consiste en expresar agradecimiento por lo percibido como bueno. Se advierte que el individuo se ha beneficiado debido a las acciones de otros (Peterson & Seligman, 2004; Peterson & Park, 2009).

Capacidad empática

En el caso particular de la capacidad empática, se entiende como la habilidad de estar en una sintonía similar del sentir del otro. La capacidad empática facilita generar respuestas tanto afectivas como cognitivas que mueven a la persona a actuar en favor del otro, promoviendo un desarrollo emocional positivo. La capacidad empática se va adquiriendo en la medida en que se aprende a tomar en cuenta las perspectivas de los sentimientos ajenos por medio del razonamiento y la comprensión de cómo la propia conducta puede llegar a aprehender a los demás (Garaigordobil y García, 2006; Arias, 2015). El desarrollo de ciertas fortalezas contribuye en propiciar el sentir y comprender al otro desde la perspectiva de este mismo, dejando de lado la propia. El desarrollo de la capacidad empática se logra en la medida en que se acepte que existen diferentes maneras de percibir, a pesar de ser afectados por una misma situación. La puesta en práctica de la capacidad empática conlleva la voluntad de conocer y comprender los motivos del porqué del sentir y la afectación ajena, reconociendo que estos tienen una razón de ser.

Es así que se considera, para propiciar un desarrollo del recurso interno de capacidad empática, las fortalezas tales como: mentalidad abierta, perspectiva, modestia o humildad, y perdón o clemencia (Peterson & Seligman, 2004; Park, Peterson & Seligman, 2004; Perandones, Herrera y Lledó, 2014). En cuanto a la mentalidad abierta, se

puede subrayar que la persona no muestra conformidad en permanecer con la visión previamente establecida, si no que se interesa por conocer y entender aquello que puede diferir de sus esquemas mentales, ejerciendo el proceso de flexibilidad de pensamiento (Peterson & Seligman, 2004; Park, Peterson & Seligman, 2004). La perspectiva o también llamada sabiduría, implica generar un juicio a partir del cual se brinda un consejo, tomando en consideración la racionalidad y la afectividad propia y ajena (Peterson & Seligman, 2004; Park, 2014). Por su parte, la modestia o humildad es una fortaleza que implica el reconocimiento y la valoración positiva de las propias habilidades y cualidades que la persona posee, sin llegar al punto de considerarse superior o mejor que el resto (Peterson & Seligman, 2004). Finalmente, las personas que presentan la fortaleza de perdón o clemencia tienden a ser aquellas que, ante una ofensa o daño generado por otra persona, optan por no tomar represalias, sino que buscan en cierta medida reparar el daño ocasionado por medio de otra alternativa (Park, Peterson & Seligman, 2004; Peterson & Seligman, 2004; Ovejero, 2014).

Partiendo de una visión que se centra en las potencialidades más que en el déficit, se pretende llenar un vacío que se identifica en el abordaje de algunos estudios que tratan el tema los recursos internos que los jóvenes salvadoreños poseen y cómo estos se relacionan con las acciones prosociales. Este estudio resulta de mayor relevancia al contextualizarse en el entorno salvadoreño. Los jóvenes salvadoreños se encuentran inmersos en un ambiente hostil en el cual son considerados víctimas, victimarios y observadores de la violencia. Por otro lado, la presente investigación asume que los jóvenes son capaces de desarrollar recursos internos y realizar comportamientos de ayuda, a pesar de estar inmersos en un contexto que genera diversas vulnerabilidades. Es así que surge la pregunta que guía esta investigación: ¿existe relación entre la acción prosocial y los recursos internos que poseen los jóvenes salvadoreños?

Para responder a la pregunta de investigación, se ha planteado el objetivo general de analizar la relación que existe entre la acción prosocial y los recursos internos que poseen los jóvenes de dos centros escolares públicos en el departamento de la Libertad que se encuentran inmersos en situación de vulnerabilidad social. Con la finalidad de recabar la información necesaria, se considera importante buscar cumplir con los objetivos específicos de: (a) describir las acciones prosociales en los jóvenes que presentan algún factor de vulnerabilidad de ambos centros escolares; (b) indagar los recursos internos presentes en los jóvenes que cuentan con algún factor de vulnerabilidad de ambos centros escolares; (c) determinar la relación entre las expresiones de acción prosocial y los recursos internos de los jóvenes que presentan algún factor de vulnerabilidad de ambos centros escolares; (d) identificar la dimensión de recursos internos que mejor predice la acción prosocial en los jóvenes que presentan algún factor de vulnerabilidad de ambos centros escolares.

La pregunta de investigación y los objetivos propuestos se anteponen a la hipótesis nula (H_0): no existe relación entre la acción prosocial y los recursos internos de los jóvenes que presentan factores de vulnerabilidad. En contraposición, se considera la hipótesis alternativa (H_1) que plantea que existe relación entre la acción prosocial y los recursos internos de los jóvenes de los centros escolares que presentan factores de vulnerabilidad.

Método

Diseño de investigación

La investigación realizada es de tipo cuantitativo, el cual es un abordaje característico de los estudios realizados previamente sobre las variables de acción prosocial y recursos internos (Hervás, 2009; Auné *et al.*, 2014). Por otro lado, el estudio corresponde a una investigación con diseño no experimental ya que las variables no son manipuladas de ninguna forma. Los valores correspondientes a las variables de acción prosocial y recursos

internos son dados de forma natural por el contexto de la población sin la intervención del grupo investigador (Palella y Martins, 2012; Hernández, Fernández y Baptista, 2014). Los datos obtenidos son de corte transversal, puesto que la medición de las variables es realizada en un momento único. La interacción planteada de ambas variables corresponde a una correlación (Bonilla, 1998; Hernández, Fernández y Baptista, 2014).

Participantes

La población consistió en estudiantes de ambos sexos, de institutos escolares del sector público del departamento de La Libertad, El Salvador. Los criterios de inclusión retomados fueron: (a) aceptar participar en la investigación de forma voluntaria; (b) cursar un grado del tercer ciclo de educación básica o de bachillerato; (c) tener entre 13 y 18 años; y (d) contar con al menos un factor de vulnerabilidad, entre los que se han considerado vivir sin ninguno de los padres o solo con uno, el consumo de estupefacientes, la presencia de pandillas en la comunidad o colonia, ser madre o padre de familia, y/o cambio de domicilio reciente.

Para fines de la investigación, la muestra procedió de dos establecimientos educativos: uno ubicado en el municipio de Colón y el otro ubicado en el municipio de Santa Tecla. En la primera institución, al momento de la aplicación, se consideraron 357 estudiantes, mientras que en la segunda fueron 180: un total de 537 personas, hombres y mujeres. Puesto que se trabajó con toda la población estudiantil disponible en ambos institutos, no fue requerido definir un tamaño de muestra. Como resultado, se contó con 331 personas que cumplían con todos los criterios de inclusión.

Instrumento

Se elaboró un instrumento compuesto por cuatro apartados con sus correspondientes indicaciones. La primera parte cuenta con una presentación del objetivo de la investigación.

En la segunda parte, se ahonda en el perfil del participante. El tercer apartado se centra en la acción prosocial y se responde por medio de una escala tipo Likert con cinco tipos de respuesta: “Siempre”, “Con frecuencia”, “A veces”, “Muy pocas veces” y “Nunca”. Para la elaboración de este apartado, se retomaron algunas escalas sobre conducta prosocial (González, 1992; Rodríguez y Suárez, 2011; Auné, Abal y Attorresi, 2015; Auné, Abal y Attorresi, 2016; Rodríguez, Mesurado, Oñate, Guerra y Menghi, 2017; Balabanian y Lemos, 2018), adecuando los enunciados a la población y marco de referencia teórico, además de incorporar ítems elaborados por el equipo investigador. Para la evaluación psicométrica, se realizó una validez de contenido y criterio por medio de jueces expertos, en la cual se recurrió a un profesional experto en psicología clínica, a otro en el área social y comunitaria, y a un neuropsicólogo. El último apartado corresponde a la variable de recursos internos y se responde por una escala tipo Likert con cinco tipos de respuesta: “Muy diferente a mí”, “Algo diferente a mí”, “Neutro”, “Algo parecido a mí”, y “Muy parecido a mí”. Para la elaboración de este apartado, se retomaron algunos de los ítems que conforman el Cuestionario VIA de Fortalezas Personales, con sus respectivas adecuaciones a la población de estudio (Ovejero, 2014), al igual que ítems sugeridos por Peterson & Seligman (2004) y otros de elaboración propia del equipo investigador.

Para la prueba piloto, se contó con 31 estudiantes, cantidad apropiada para poblaciones compuestas por más de 300 personas debido a que se encuentra en el rango de 30 a 60 individuos propuesto por Hernández, Fernández y Baptista (2014). Una vez finalizada la prueba piloto, se obtuvo la confiabilidad de la escala prosocial a través del coeficiente del Alfa de Cronbach. Se eliminaron ítems con baja relación y se obtuvo un Alfa de Cronbach de 0.863. La dimensión de cooperación finalizó con un valor de 0.495, la de solidaridad obtuvo un valor de 0.757 y la de altruismo, un valor de 0.786. Al mismo tiempo, se evaluó y se eliminaron ítems de la

escala de recursos internos, obteniendo Alfa de Cronbach de 0.880. Relaciones positivas finalizó con un valor de 0.740; atención a normas, el 0.751, y capacidad empática, de 0.779.

La escala de acción prosocial se califica desde cinco puntos para la opción de “Siempre” hasta un punto que equivale a “Nunca”; valores invertidos en los ítems negativos correspondientes a la escala. El puntaje mínimo, al contestar todos los enunciados, que podría obtener una persona es de 66 y el máximo es de 330. Los puntajes altos representan una mayor presencia de acciones prosociales realizadas por la persona. En la escala de recursos internos, se inicia con un punto para la alternativa de “Muy diferente a mí”, hasta alcanzar cinco puntos por marcar “Muy parecido a mí”; valores invertidos en los ítems negativos correspondientes a la escala. El puntaje posible de obtener oscila entre 69 y 345 puntos. Cuanto más elevado sea el puntaje, indicará una mayor presencia de los recursos internos en la persona.

Procedimiento

El estudio se llevó a cabo en cinco fases. La primera fase consistió en la búsqueda de población y contacto con instituciones. Se consideraron poblaciones vinculadas a distintos proyectos sociales implementados en El Salvador, e instituciones públicas y privadas. Al final, los contactos obtenidos fueron delimitados a dos instituciones educativas públicas. Fueron considerados como criterios la accesibilidad al territorio en términos de distancia y seguridad, los años educativos que comprenden los centros, la población total de los centros y la situación socioeconómica de los respectivos territorios.

La segunda fase abarcó la construcción del instrumento y las escalas a aplicar. Las escalas fueron elaboradas con base en instrumentos previamente elaborados y aplicados en poblaciones jóvenes o adolescentes. Se debió realizar las adecuaciones pertinentes al contexto salvadoreño y escolar de la pobla-

ción respectiva a estudiar. El instrumento final en su primera versión contó con 75 ítems con respecto a acción prosocial y 80 dirigidos a los recursos internos.

La tercera fase consistió en la evaluación psicométrica del instrumento que incluía ambas escalas. Para la evaluación, se acudió inicialmente a la validación por medios de jueces expertos. Consiguiente a la validación por jueces, se ejecutó la prueba piloto en los centros escolares, y así evaluar la confiabilidad de las escalas. Se acordó al mismo tiempo la aplicación del instrumento a diferentes alumnos de séptimo, octavo y noveno grado —debido a que es el último grado académico impartido en uno de los centros escolar—, siendo el mínimo de 30 personas. Posteriormente a la evaluación psicométrica, se obtuvo un instrumento final con 66 ítems en la escala de acción prosocial y 69 en la escala de recursos internos, con un total de 135 ítems.

La siguiente fase correspondió a la aplicación del instrumento en ambas escuelas. Se realizaron los contactos respectivos con las direcciones de ambos centros escolares y se señalaron dos días para realizar las pruebas con todos los estudiantes de noveno grado, y primer y segundo año de bachillerato. Debido a actividades internas, se negó la aplicación del instrumento a los estudiantes de séptimo y octavo grado del centro escolar ubicado en Santa Tecla. Se aplicó a todos los estudiantes de séptimo, octavo y noveno grado del centro escolar ubicado en Lourdes. Para el llenado de los cuestionarios por parte del estudiante, se realizó una breve explicación sobre el contenido del instrumento, los objetivos y fines del estudio, el uso de lapicero para responder, la libertad de elección sobre el llenado del cuestionario. Se realizaron 465 encuestas en conjunto de ambos centros escolares, de las cuales fueron descartadas 44 debido a estar incompletas o llenadas de forma errónea, o porque fueron respondidas por los mismos estudiantes que realizaron la prueba piloto, por lo que se obtuvieron 421 cuestionarios válidos restantes.

En la quinta fase, se realizó la calificación de los 421 cuestionarios, incluyendo 90 que afirmaron no tener ninguna situación de vulnerabilidad según las características consideradas. Después de la calificación, se introdujeron los datos en el *software* de análisis de datos IBM SPSS Statistics 22.0 (IBM Corp, 2013). Subsecuentemente, se realizaron las pruebas analíticas correspondientes a los objetivos planteados, como la prueba de diferencia de medias para muestras no relacionadas *t de Student*, la correlación de Pearson, el análisis de varianza, la prueba *post hoc* de Scheffé, una regresión lineal y estadísticos descriptivos variados.

Resultados

La población participante que marcó al menos una situación de vulnerabilidad en ambos centros educativos se distribuyó de la siguiente manera: el 21 % corresponde a séptimo grado, 18 % a octavo grado, 43 % a noveno grado, 8 % a primer año de bachillerato y 10 % a segundo año de bachillerato. La muestra total de estudio correspondió a 331 estudiantes de tercer ciclo y bachillerato general que reportaron al menos un factor de vulnerabilidad.

De los 331 jóvenes, el 47 % afirma que viven con su padre y su madre, mientras que el 45 % vive con diferentes personas (132 viven solo con su madre, 20 solo con su padre y 15 con otras personas). Al mismo tiempo, entre los estudiantes que reportan factores de vulnerabilidad, aproximadamente, 1 de cada 10 se ha mudado en el último año. Alrededor de 1 de cada 3 estudiantes considerados dentro de la población reporta haber consumido estupefacientes. El 70 % de los participantes asegura que hay presencia de pandillas dentro de sus comunidades. Por otro lado, el 2 % afirma tener un hijo o una hija.

El puntaje promedio de los jóvenes que marcaron algún factor de vulnerabilidad dentro de la escala de acción prosocial fue de $M=232.96$ puntos, con una $DE=29.22$. Al comparar las medias de la escala de acción

prosocial entre hombres y mujeres utilizando la prueba *t de Student* para muestras independientes, la diferencia entre ambos sexos fue significativa ($t(328)=3.571$, $p<0.001$), siendo las mujeres quienes presentaron puntajes promedio mayores ($M=238.53$, $DE=27.04$, $n=165$), con respecto a los hombres ($M=227.24$, $DE=30.30$, $n=165$). Por otro lado, se analizó la relación entre la edad de los participantes y los puntajes obtenidos por todos los estudiantes con respecto a la acción prosocial, utilizando el coeficiente de correlación de Pearson, en el cual no se encontró correlación alguna ($r(329)=-0.061$, $p=0.266$).

Al analizar de igual manera los puntajes promedios de los participantes con respecto a la escala de recursos internos, esta fue de $M=250.95$, con una $DE=31.83$. Al comparar las medias de la escala de recursos internos según hombres y mujeres, utilizando la prueba *t de Student* para muestras independientes, la diferencia entre ambos sexos fue significativa ($t(328)=3.089$, $p=0.002$), siendo las mujeres ($M=256.23$, $DE=31.92$, $n=165$) quienes promediaron más alto en la escala con respecto a los hombres ($M=245.53$, $DE=30.99$, $n=165$). De igual manera, se indagó sobre la relación entre la edad de los participantes y los puntajes obtenidos en la escala de recursos internos, utilizando el coeficiente de correlación de Pearson, según el cual no existe relación ($r(329)=-0.086$, $p=0.119$).

Se contrastaron los puntajes obtenidos por los participantes en las escalas de acción prosocial y recursos internos, utilizando el coeficiente de correlación de Pearson, el cual denota que existe una relación ($r(331)=0.560$, $p<0.001$), la cual es positiva y de intensidad mediana. Al analizar los segmentos que componen ambas variables, se obtuvo que existe una correlación con las tres unidades de análisis de la escala de recursos internos y el puntaje global de acción prosocial: capacidad empática ($r(331)=0.568$, $p<0.001$), atención a las normas ($r(331)=0.505$, $p<0.001$), relaciones positivas ($r(331)=0.421$, $p<0.001$).

Todas ellas marcan una correlación positiva de intensidad mediana. Luego se realizaron las mismas comparaciones al emparejar los puntajes obtenidos en la escala de recursos internos y las unidades de análisis de la escala acción prosocial. Se obtuvo que existe una correlación de intensidad media con las tres unidades de análisis de acción prosocial y el puntaje global de recursos internos: altruismo ($r(331)=0.542, p<0.001$), solidaridad ($r(331)=0.446, p<0.001$), cooperación ($r(331)=0.442, p<0.001$).

Continuando con el análisis, se identificó que existe una correlación positiva de intensidad media entre los puntajes de cooperación y capacidad empática ($r(331)=0.430, p<0.001$); de igual forma entre cooperación y atención a las normas ($r(331)=0.403, p<0.001$). Por otro lado, cooperación presenta una correlación positiva de intensidad baja con los puntajes de relaciones positivas ($r(331)=0.347, p<0.001$). Los puntajes referentes a solidaridad se correlacionan de forma positiva e intensidad media con los puntajes de capacidad empática ($r(331)=0.460, p<0.001$) y atención a las normas ($r(331)=0.411, p<0.001$); además, presentan una correlación positiva de intensidad baja con los puntajes de relaciones positivas ($r(331)=0.320, p<0.001$). En cuanto al puntaje de altruismo, se correlaciona de forma positiva e intensidad media con capacidad empática ($r(331)=0.554, p<0.001$), los puntajes de atención a las normas ($r(331)=0.478, p<0.001$) y los puntajes de las relaciones positivas ($r(331)=0.414, p<0.001$).

Se contrastaron los puntajes por grado de escolaridad de las variables de acción prosocial y recursos internos de los jóvenes que presentaron algún factor de vulnerabilidad, utilizando un ANOVA de un factor. Se obtuvieron resultados significativamente diferentes en los puntajes de cooperación ($F(4,330)=2.931, p=0.021$) y de altruismo ($F(4,330)=2.417, p=0.049$); no obstante, al realizar la prueba *post hoc* de comparaciones múltiples de Scheffé, ningún grado destacó

significativamente respecto al resto, pues se ubicaron todos en puntajes de $p>0.05$. A la luz de estos resultados, se aplicó la prueba *post hoc* de comparaciones múltiples de Bonferroni, en la cual ningún grado destacó significativamente respecto al resto ($p>0.05$). Para aclarar los resultados en esta prueba, se identificaron los casos atípicos para las puntuaciones de cooperación (17 casos) y altruismo (17 casos), siendo algunos de estos comunes entre ambos. Posteriormente, se aplicó nuevamente un ANOVA, que mostró diferencias entre grados únicamente en los puntajes de cooperación ($F(4,304)=3.535, p=0.008$). Al correr la prueba de comparaciones múltiples de Scheffé, todas las comparaciones se mantuvieron sin diferencias ($p>0.05$). Por otro lado, al realizar la prueba de Bonferroni, se obtuvieron diferencias significativas entre octavo ($M=78.34, DE=7.31, n=56$) y noveno grado ($M=74.66, DE=7.83, n=130$), siendo los estudiantes de octavo grado quienes presentan medias en cooperación significativamente superiores a las de noveno grado.

Se compararon los puntajes obtenidos por los estudiantes en la escala de acción prosocial con la respuesta a “con quién vive él o la estudiante”, utilizando un análisis de varianza de un factor ANOVA. Se encontró que no hubo diferencias significativas entre los distintos grupos ($F(3,320)=0.562, p=0.640$). De igual forma, los puntajes obtenidos por los estudiantes en la escala de recursos internos fueron comparados con la respuesta a “con quién vive él o la estudiante”, utilizando un ANOVA; no se encontraron diferencias significativas entre los distintos grupos ($F(3,320)=0.239, p=0.869$).

Mediante la prueba *t de Student* para muestras independientes, se compararon los puntajes de quienes afirmaban haberse mudado en el último año. Los resultados denotan que no existen diferencias significativas entre ambos grupos en la variable acción prosocial ($t(328)=-0.010, p=0.992$). Utilizando la misma prueba, se contrastaron los puntajes de la variable recursos internos de

los jóvenes que afirmaban haberse mudado en el último año y de quienes no. Se encontró que no existen diferencias significativas entre ambos grupos ($t(328)=-1.528, p=0.127$).

Por otro lado, se contrastaron las respuestas de los jóvenes con respecto al consumo de estupefacientes y los puntajes obtenidos por los estudiantes en las escalas de acción prosocial y recursos internos. Mediante una prueba *t de Student* para muestras independientes, se obtuvo que existen diferencias significativas ($t(328)=2.099, p=0.037$). Expresan medias más elevadas sobre acción prosocial los estudiantes que nunca han consumido algún estupefaciente ($M=235.32, DE=28.19, n=219$) que aquellos que afirman haber consumido algún estupefaciente ($M=228.21, DE=30.84, n=111$). Dentro de los puntajes de la unidad de análisis cooperación de la escala de acción prosocial, también se encontraron diferencias significativas ($t(328)=2.335, p=0.020$), siendo mayor la media en los puntajes de cooperación de quienes afirman nunca haber consumido ($M=76.57, DE=7.76, n=219$) que quienes afirman consumir ($M=74.41, DE=8.20, n=111$). En cuanto a la comparación del puntaje en recursos internos, no se encontraron diferencias significativas ($t(328)=1.945, p=0.053$); no obstante, se encontraron diferencias significativas con respecto a los puntajes de la unidad de análisis de capacidad empática ($t(328)=2.883, p=0.004$), siendo quienes no han consumido estupefacientes quienes presentan una media mayor ($M=80.94, DE=12.44, n=219$) con respecto a quienes sí consumen ($M=76.87, DE=11.37, n=111$).

Al indagar sobre las diferencias de los puntajes de ambas escalas entre los estudiantes que reportan presencia de pandillas de comunidad o colonia y aquellos que no lo hacen, se utilizó la prueba *t de Student*. Hubo diferencias significativas en los puntajes referentes a la acción prosocial ($t(328)=1.988, p=0.048$), teniendo una media más alta quienes afirman que en su colonia o comunidad hay pandillas ($M=234.98,$

$DE=29.47, n=234$), en comparación con quienes responden que no hay presencia de pandillas en su colonia o comunidad ($M=227.96, DE=28.28, n=96$). Al desagregar los puntajes, se encuentra que existen diferencias significativas en los resultados de solidaridad ($t(328)=2.259, p=0.025$), siendo quienes afirman que hay presencia de pandillas en su comunidad o colonia quienes tienen un puntaje medio mayor ($M=73.19, DE=13.16, n=234$), que quienes reportan que no hay presencia de pandillas en su comunidad o colonia ($M=69.67, DE=12.08, n=96$). Por otro lado, al realizar las comparaciones utilizando la prueba *t de Student* para muestras independientes de los puntajes de la escala recursos internos ($t(328)=0.751, p=0.453$), no se encontraron diferencias significativas.

Se compararon los puntajes obtenidos en la escala de acción prosocial de los estudiantes que marcaron algunos de los factores asociados a vulnerabilidad considerados en el estudio y quienes no marcaron ninguno de estos, utilizando la prueba *t de Student* para muestras independientes. Se encontró que no existen diferencias significativas en los puntajes de acción prosocial entre los grupos ($t(419)=0.518, p=0.605$).

Se utilizó la correlación de Pearson para analizar las relaciones de la edad con los puntajes de recursos internos de todos los jóvenes —quienes presentaron factores de vulnerabilidad y quienes no marcaron algún factor—. Se obtuvo una relación significativa inversa, de intensidad baja ($r(419)=-0.98, p=0.045$). Al relacionar la edad con los puntajes de solidaridad de la misma población, se obtuvo una relación significativa inversa de intensidad baja ($r(419)=-0.101, p=0.039$). Se continuó el análisis relacionando la edad con el puntaje de atención a normas de la misma población, se obtuvo una relación significativa de intensidad baja ($r(419)=-0.099, p=0.042$). Por último, al contrastar la edad con la capacidad empática de toda la población estudiantil encuestada,

se obtuvo una correlación significativa de intensidad baja ($r(419) = -0.137, p = 0.005$).

Se contrastaron los puntajes de la cantidad de factores de vulnerabilidad que todos los jóvenes encuestados reportaron y sus puntajes obtenidos en recursos internos, utilizando la prueba de correlación de Pearson. Se obtuvo una correlación inversa de intensidad baja ($r(421) = -0.115, p = 0.018$). Resultados similares se encontraron al realizar las comparaciones con la misma población entre la cantidad de factores de vulnerabilidad reportados y atención a las normas ($r(421) = -0.104, p = 0.033$), y al contrastar los factores de vulnerabilidad reportados con la capacidad empática ($r(421) = -0.128, p = 0.009$). Por otro lado, se encontró una correlación positiva de baja intensidad entre la cantidad de factores de vulnerabilidad reportados y la edad de los participantes ($r(421) = 0.281, p < 0.001$).

Por último, se realizó un modelo de regresión lineal para la variable de acción prosocial, utilizando las dimensiones de relaciones positivas, atención a las normas y capacidad empática. Se obtuvo como resultado, empleando el método de pasos sucesivos, un modelo significativo ($F(1,421) = 191.5, B1 = 130.31, p < 0.001$), en el cual por cada punto que aumente la dimensión de capacidad empática podemos predecir un incremento en la acción prosocial de 1.29 puntos ($F(1,421) = 191.5, B2 = 1.29, p < 0.001$). La variable de acción prosocial es explicada en un 31 % por la dimensión de capacidad empática ($R^2 = 0.31$). La dimensión de relaciones positivas no obtuvo un modelo significativo, mientras que la dimensión de atención a las normas tuvo un aporte bajo en el modelo.

Discusión

Los resultados demuestran que se rechaza la hipótesis nula y se acepta la hipótesis alternativa, la cual plantea que existe relación entre la acción prosocial y los recursos internos. Para analizar, como objetivo general, la relación entre acción prosocial y recursos internos de los jóvenes que presentan algún

factor de vulnerabilidad de ambos centros escolares, resulta valioso discutir sobre los resultados en correspondencia con los objetivos específicos previamente establecidos.

Iniciando con la descripción de las acciones prosociales en los jóvenes con algún factor de vulnerabilidad. Las diferencias entre hombres y mujeres en acción prosocial pueden ser explicadas según la construcción social de cómo desempeñarse en la vida diaria. En El Salvador, son las mujeres quienes realizan las tareas de cuidado de otros (DIGESTYC, 2018), mientras que a los hombres se les motiva a trabajar fuera del hogar y al individualismo (Arias, 2015; Hernández-Serrano *et al.*, 2016).

Las mujeres puntuaron significativamente mayor en las dimensiones de solidaridad, cooperación y altruismo. En cuanto a solidaridad, las mujeres corren con un mayor peso respecto a la responsabilidad de ayudar a los demás (Arias, 2015; Hernández-Serrano *et al.*, 2016). Es la responsabilidad del cuidado de otros la que genera que las mujeres perciban el ganar-ganar de la cooperación de forma distinta que los hombres, realizando así análisis de costo-beneficio más favorables en tareas de ayuda a otros (Kaufman, 1977; Martín-Baró, 1985). Ortiz *et al.* (2018) coinciden al mencionar que las mujeres suelen puntuar más en altruismo que su contraparte masculina, resultado de ser alentadas a entregarse a los demás, dejando de lado sus propias necesidades y priorizando las ajenas, llegando incluso a sacrificarse por los otros.

En referencia a la edad, se esperaría que la acción prosocial sea cambiante durante la etapa de la adolescencia, teniendo un declive a la mitad de la adolescencia y realizándose al final de esta (Carlo *et al.*, 2007, citado en Auné *et al.*, 2014). Los resultados obtenidos no son consistentes con la afirmación anterior, en donde no existe una relación entre la acción prosocial y la edad de los participantes. Se deben tener en cuenta las condiciones en las que se encuentran los jóvenes salvadoreños. Ellos son afectados por diversos factores de vulnerabilidad (Bendit y Stokes,

2004); el desarrollo normativo se va dando de forma diferente que en otros países, modificando las expresiones de acciones prosociales con respecto a la edad.

El hecho de que los resultados muestren que no existen diferencias entre acción prosocial y con quién vive el estudiante se puede entender desde la idea de que la ayuda a otros puede ser enseñada independientemente de quién sea el referente social (Páez, 2013). La forma de enseñanza puede diferir, pero por lo general existe cierta continuidad en quién es el tutor responsable o cómo son los referentes sociales del joven —amigos, maestros, compañeros, guías (Ortiz *et al.*, 1993)—. Se favorece a la familia en primer lugar como ente socializador, por lo que la composición de esta con respecto a ambos padres puede ser relevante para fomentar las primeras formas de acción prosocial (Moñivas, 1996). Pero es sabido que las familias en El Salvador tienen múltiples formas de ser concebidas, por lo que no se puede limitar solo a progenitores (DIGESTYC, 2018).

La familia es uno de los principales agentes socializadores que se encuentran relacionados con la acción prosocial en la medida en que estos modelan comportamientos; transmiten normas, valores, actitudes; tienen diferentes estilos de crianza (del Toro, 2015); generan apego y formas de vincularse con los demás, entre otras (Ortiz *et al.*, 1993). Por consiguiente, las composiciones familiares nucleares no se anteponen ante otras composiciones familiares con respecto a la promoción de acciones prosociales.

Las diferencias significativas en la cooperación según los grados académicos cursados apuntan en la dirección de la búsqueda por alcanzar un objetivo; en este caso, podría ser promover de año de estudio hacia el noveno grado, lo cual fomentaría la ayuda mutua intergrupala (Kaufman 1977; Martín Baró, 1985). La dificultad de los jóvenes por completar su plan de estudio en El Salvador (MINED, 2016) puede ser visto como un reto a superar, alcanzar algo que no es logrado por muchos jóvenes.

Quienes no han consumido algún tipo de estupefaciente presentan más acciones prosociales, con lo cual concuerdan los estudios que señalan que la presencia de acciones prosociales implican un menor consumo de drogas (Olivares *et al.*, 2013; Hernández-Serrano *et al.*, 2016). Al mismo tiempo, se presentan diferencias significativas con respecto a la cooperación. En la cooperación, el establecimiento de alianzas requiere de la puesta en marcha de habilidades sociales y de un ganar-ganar mutuo, lo cual resulta disonante con la búsqueda de placer individual y el aislamiento social/antisocial que caracteriza al grupo consumidor.

Los jóvenes estudiantes que afirman la presencia de pandillas en su comunidad o colonia presentan significativamente más acciones prosociales con respecto a quienes no. La diferencia previa se puede explicar porque el comportamiento en ese tipo de entorno debe ser permeado por acciones de ayuda para asegurar la supervivencia. Dicho grupo de jóvenes puede establecer intercambios prosociales entre sí que favorecen la seguridad, la protección y el afrontamiento hacia la latente inseguridad de estas zonas. Los individuos aprenden a apoyar causas asociadas a un bien común (Inglés *et al.*, 2009; Inglés *et al.*, 2010; Inglés *et al.*, 2013; Giraldo y Ruiz-Silva, 2015).

Al analizar las dimensiones estudiadas sobre la acción prosocial, sumado a lo antes expuesto sobre cooperación, la cooperación intergrupala debería poder observarse en jóvenes que presentan más situaciones de vulnerabilidad, puesto que indican un mayor problema/conflicto y una mayor motivación para superarse (Martín-Baró, 1985; Gaviria *et al.*, 2009). Los resultados de los jóvenes no mostraron mayor cooperación ante mayores dificultades, conforme a la cantidad de factores de vulnerabilidad, lo cual refuta la premisa teórica anterior. La carencia de relación entre cooperación y cantidad de factores de vulnerabilidad refuerza la ruptura de las problemáticas de los jóvenes del entorno social y educativo, y cómo la cooperación es

expresada más en este segundo entorno que en el primero.

Dado el caso de que no hay diferencias en ninguna forma de acción prosocial entre los estudiantes que tienen al menos un factor de vulnerabilidad y quienes no tienen ninguno, se puede inferir que existen oportunidades y motivaciones equivalentes para desplegar acciones de ayuda. RRC (2016, citado en PNUD, 2018) enfatiza la capacidad de resiliencia de los jóvenes salvadoreños, la cual se caracteriza por las habilidades personales relacionadas con la colaboración con quienes los rodean y la capacidad de resolver problemas sin dañar a otros. Las diferencias en el contexto parecen permear de igual forma las acciones prosociales en los jóvenes.

Por otro lado, al describir los recursos internos, las mujeres presentan puntuaciones significativamente mayores que los hombres. Dicha diferencia tiene una explicación semejante a las diferencias existentes en cuanto a acción prosocial. El mandato social hacia las mujeres (en cierta medida una forma de atención a las normas [Casullo y Urquiza, 2006; Ortiz *et al.*, 2018]) les demanda la consideración de las necesidades de los otros (Marín, 2009; Betina y Norma, 2016; Hernández-Serrano *et al.*, 2016; DIGESTYC, 2018), lo que les facilita establecer relaciones positivas (Peterson & Seligman, 2004). Para ello se les permite una mayor cantidad de expresión de emociones, siempre y cuando sostengan el orden deseado, con lo cual se valida la manifestación de su capacidad empática (Ortiz *et al.*, 1993; Peterson y Park, 2009; Hernández-Serrano *et al.*, 2016).

Por otro lado, el desarrollo de los recursos internos de todos los jóvenes —quienes presentan alguna situación de vulnerabilidad y quienes no— posee una relación inversa leve al aumentar la edad. La relación inversa entre recursos internos y edad de toda la población de jóvenes estudiada denota que el desarrollo normativo de los jóvenes, dada la situación contextual de El Salvador, juega un rol en detrimento de los recursos internos y, por consiguiente, provoca menor bienestar y reali-

zación de acciones prosociales (Lyubomirsky, King & Diener, 2005).

Al tomar en consideración solo a la población de jóvenes que presentan factores de vulnerabilidad, no se encuentran relaciones entre sus recursos internos y la edad, ni diferencias significativas con quienes viven; tampoco diferencias significativas según los grados que cursan. Los recursos internos son desarrollados según las experiencias que viven y el empeño puesto en desarrollarlas (Peterson y Park, 2009). Una falta de diferencias en el contexto denota una manera uniforme de desarrollar los recursos internos en los jóvenes y una posible omisión del trabajo centrado en el desarrollo de estas por parte de diversos actores cercanos a los estudiantes con factores de vulnerabilidad. También hay que considerar que los recursos internos de las personas pueden confundirse con el término capacidad, lo cual impide que se tracen diferencias entre ambos y se recurra al error de querer adjudicar el mayor peso al talento con el que se nace, lo que paralelamente sacrifica el aprendizaje de fortalezas con las que la persona desea contar (Snyder & Lopez, 2007; Peterson y Park, 2009).

Las diferencias entre los recursos internos y con quien vive el estudiante pueden ser explicadas al considerar que las fortalezas de cada uno de los recursos internos pueden ser transmitidas a través de otras maneras y no se limitan solo a los padres. Esto podría interpretarse por un lado como una falta de capacidad de desarrollo de las familias nucleares salvadoreñas sobre los recursos internos de sus hijos e hijas. Por otro lado, estos recursos pueden ser aprendidos en las interacciones realizadas en los distintos espacios propiciados por las instituciones positivas: con el tutor responsable, los profesores de la institución educativa, las reglas de las instituciones públicas y privadas, entre otros (Seligman, 2003; Peterson y Park, 2009; Vázquez, 2009).

Aunque es esperable que a medida el estudiante continúa sus estudios este incremente sus recursos internos, los resultados remiten a que esta suposición no es significativa. La

institución educativa vista por medio de sus grados académicos no genera espacios, ni las relaciones que deberían propiciar el desarrollo significativo de los recursos internos en los jóvenes (Csikszentmihalyi, 1997; Peterson y Park, 2009; Vázquez, 2009). Las dificultades en el desarrollo significativo de los recursos internos por parte de la escuela limitan al mismo tiempo las habilidades de los jóvenes de hacer frente a situaciones personales complejas (Seligman, 2003). Esta falta del desarrollo de recursos internos por parte de las escuelas se traduce al mismo tiempo en un fallo en el proceso de autorrealización de los jóvenes, sumado a un contexto que ya dificulta la confianza en sí mismo y en otros, la autoestima y la dignidad (Seligman, 2003; Bendit y Stokes, 2004). Todo esto puede derivar en expresiones como la aversión a la sociedad.

Por otro lado, se encuentran diferencias significativas en la capacidad empática entre quienes nunca han consumido estupefacientes y quienes afirman haberlo hecho, siendo los primeros quienes puntuaron más. El consumo de estupefacientes implica priorizar prácticas que solo propicien el placer individual, lo cual puede conllevar a acciones antisociales, dejando de tomar en consideración el bienestar y la necesidad de los otros (Comisión Nacional Antidrogas, 2017). Al no priorizar la búsqueda del placer individual, los estudiantes son capaces de reforzar su capacidad empática, ejerciendo fortalezas como la apertura y la perspectiva que conllevan interesarse en el otro e identificar sus necesidades o aquello que podría brindarle bienestar.

No hay diferencias en la puntuación de recursos internos entre los estudiantes que reportan presencia de pandillas en su colonia o comunidad y aquellos que no. Se puede especular que los espacios de desarrollo en los cuales los estudiantes pueden ejercitar sus recursos internos son limitados en general (Jiménez, 2007; Vignale, 2009). En función de mantenerse protegidos, los jóvenes pueden desarrollar una actitud más ensimismada y un mayor estado de alerta con el fin de asegurar

la propia supervivencia. Esto limita el ejercicio de los recursos internos y, a su vez, puede llegar a producir actitudes egoístas, llegando a entorpecer el proceso para alcanzar un estado de bienestar pleno.

Habiendo descrito e indagado tanto la presencia de la acción prosocial como de los recursos internos de los jóvenes con algún factor de vulnerabilidad de ambos centros, se determina la relación existente entre ambas variables. Se encuentra que existe una correlación positiva entre las acciones prosociales y los recursos internos, la cual se puede abordar de una doble manera. Las acciones prosociales son una manera de poner en ejercicio los recursos internos. Al mismo tiempo, la cooperación, la solidaridad y el altruismo son el resultado de la puesta en práctica de la noción de felicidad plena que plantea la psicología positiva. Como señala Seligman (2003), la idea de un bienestar auténtico, en el que existe la disposición de compartir y ayudar, puede asociarse a la identificación de las fortalezas que componen los recursos internos y su subsecuentemente expresión a través de actos. Por medio de los actos prosociales, las personas pueden ejercer sus fortalezas y a su vez desarrollar nuevas o desarrollar más las propias.

En otro orden, muchas de las fortalezas se pueden expresar de forma tónica —en un momento específico—, lo cual significa que ser empático, atender a las normas y establecer relaciones positivas pueden desempeñarse de forma aislada, incrementando la probabilidad que un estudiante realice un acto de ayuda; sobre todo en lo que respecta a solidaridad y altruismo, que son las manifestaciones en las que no necesariamente se establecen relaciones prolongadas por parte de las personas (Martín-Baró, 1985; Lipovetsky, 2000; Seligman, 2003).

Los recursos internos permiten una recuperación más rápida frente a la adversidad (Seligman, 2003), por lo que su puesta en práctica resulta vital para adecuarse a la vida en sociedad en el caso de los jóvenes con factores de vulnerabilidad considerados en

el estudio. Ello se evidencia en el trabajo con los jóvenes en contextos hostiles, pues —al reforzar el trabajo grupal, la empatía, el auto-control y las creencias normativas— se incrementan las acciones prosociales (Seligman, 2003; Arias, 2015; Garaigordobil, 2017). El desarrollo de los recursos internos, por ende, debería llevar a las personas a un mayor bienestar subjetivo y, por consiguiente, a realizar más acciones prosociales concernientes al entorno (Lyubomirsky *et al.*, 2005).

La relación positiva entre cooperación y recursos internos puede explicarse por medio de las relaciones y los espacios que la cooperación genera, espacios en los cuales se ponen en práctica las fortalezas y se desarrollan sus recursos internos. La búsqueda de mayor productividad y éxito, la creación de alianzas para alcanzar objetivos comunes, entre otras expresiones de la cooperación, crean espacios para desarrollar los recursos internos (Kaufman, 1977; Martín-Baró, 1985). En esta línea, los recursos internos estarán condicionados por los espacios y las relaciones de cooperación o alianza en los cuales se desenvuelva el individuo (Peterson y Park, 2009; Vázquez, 2009). Sumado al espacio, resultará importante la permanencia prolongada en el tiempo de las alianzas para que los espacios propicien el desarrollo de los recursos internos (Park *et al.*, 2004).

En el caso de la solidaridad —la cual relaciona de igual forma con los recursos internos—, un estudiante puede aprovechar su crecimiento y su aprendizaje en recursos internos para hacerse responsable de ayudar a los demás, ya que cuenta con experiencias previas que le permiten poner a disposición de otros sus habilidades físicas, intelectuales y sociales (Fredrickson, 2001). Se supone que, al ser más conscientes de las cargas sociales injustas que existen en los entornos, es más frecuente que se sea solidario con quien se encuentra en alguna situación de desventaja. Así, una persona busca ayudar a otras con los recursos que cuenta, de modo que otras personas puedan alcanzar un estado de

felicidad similar (Lyubomirsky *et al.*, 2005; Stiefken, 2008).

En relación al altruismo, el estudiante empieza a focalizar la energía en contribuir al bienestar del otro, sin importar si esto implica un sacrificio para quien realiza la acción (Snyder & Lopez, 2007; Jiménez, 2011). En relación con las relaciones positivas, al tener presente el carácter humano de los otros, reconociendo sus necesidades y el hecho de tener que saldarlas para experimentar un mayor bienestar, se dará una acción altruista. En el caso de la atención a las normas, se valora positivamente acciones que conlleven el sacrificio propio en función de brindar mejores condiciones de vida para otros, en especial a la familia (Corral, 2012). Por último, es posible relacionar el altruismo con la capacidad empática, dado que es esta la que permite lograr la identificación y la coincidencia con el sentir del malestar del otro que le hace moverse a ejecutar la acción de ayuda, aún si implica sacrificios y no traerá recompensas.

Por su parte, las relaciones positivas de los jóvenes se relacionan con la acción prosocial con una intensidad mediana, explicado por algunas interacciones aisladas entre los jóvenes. Al considerar las interacciones aisladas, estas sugieren que, a pesar que existan relaciones positivas, estas no propician de forma constatada la consideración de las necesidades de otros; la toma en cuenta de las necesidades de otros fomentaría más comportamientos de cooperación, colaboración y búsqueda de logros (Marón, 2009; Betina y Norma, 2016). Las relaciones positivas en las cuales interactúan los jóvenes son espacios que les dan una sensación de autorrealización, la cual trasciende en acciones prosociales (Park, Peterson & Seligman 2004). Una intensidad media de relación denotaría cierta escasez de relaciones positivas que no se traducen en una gran cantidad de acciones prosociales por parte de los jóvenes que presentan factores de vulnerabilidad. Por otro lado, es congruente que esta sensación de autorrealización tenga una alta relación con

otros recursos internos de los jóvenes como mayor atención a normas y capacidad empática (Park *et al.*, 2004; Sánchez 2014).

El hecho que la acción prosocial se relacione positivamente con la atención a las normas resulta porque estas últimas dictan parámetros de cómo se debe actuar. Los comportamientos considerados socialmente deseables proceden de una serie de valores que la mayoría de personas acepta y promueve, por lo que son asimilados como esenciales para que el orden social sea sostenible (Corral, 2012). Sin embargo, estas expresiones de la acción prosocial pueden verse disminuidas como resultado de interpretaciones limitadas propias de contextos autoritarios que se adhieren a un civismo conservador, a la parcialidad al momento de actuar, a la indiferencia y a la impulsividad. Estas formas de egoísmo contribuyen a un deficiente uso del razonamiento y el pensamiento crítico a nivel social, con lo que se obstaculiza el acceso a estadios más complejos de felicidad derivados de la acción prosocial (Peterson & Seligman, 2004).

Al haber encontrado una relación positiva entre la capacidad empática y la acción prosocial, se evidencia lo planteado por Fernández *et al.* (1996). Estos autores señalan que para la ejecución de una acción de ayuda se requiere la identificación de cómo una determinada vivencia está afectando a otra persona para así coincidir cognitivamente y afectivamente con el afectado, moviendo al estudiante a realizar la acción prosocial. Es así que la capacidad empática es el recurso interno que permite la identificación (cognitiva y afectiva) y la coincidencia necesaria para llevar a cabo la acción prosocial.

Por último, al identificar la dimensión de recursos internos que mejor predice la acción prosocial, fueron comparados todo el grupo estudiantil evaluado —jóvenes que presentan factores de vulnerabilidad y aquellos que no—. Se encontró que existe una relación inversa entre los recursos internos y la cantidad de factores de vulnerabilidad presentes. Se estima que, a menores recursos

internos, el bienestar o salud mental de los jóvenes disminuye al encontrarse en contextos que son un detrimento para el desarrollo, su capacidad de hacer frente a las dificultades y poder vivir en sociedad (Park *et al.*, 2013; Betina y Norma, 2016).

La acción prosocial resulta explicada en mayor medida por la capacidad empática entre el resto de recursos internos. Las prácticas de crianza que fomentan la empatía (del Toro, 2015), la toma de perspectiva (Ortiz *et al.*, 1993) y la empatía como valor (Ortiz *et al.*, 2018) se han encontrado relacionadas con la acción prosocial en estudios previos. En los jóvenes, el interpretar una situación desde el punto de vista del otro, la apertura a diferencias de sentir y pensar, el reconocimiento y la valoración concienzuda de las habilidades propias y el poder perdonar y reconocer el dolor de otros se convierten en los mayores predictores de la acción prosocial dentro de los recursos internos de los jóvenes estudiantes con y sin factores de vulnerabilidad.

En línea con el objetivo general de investigación y las hipótesis planteadas, se rechaza la hipótesis nula y se considera la hipótesis alternativa, la cual afirma la existencia de relación entre la acción prosocial y los recursos internos de los jóvenes con factores de vulnerabilidad de ambos centros escolares. La acción prosocial y los recursos internos cuentan con una relación bidireccional. En la medida en que se ejerciten los recursos internos, se harán más acciones prosociales y estas, a su vez, generan espacios y oportunidades en las cuales los jóvenes pueden desarrollar sus recursos internos ante diferentes situaciones y personas.

Los jóvenes con factores de vulnerabilidad cooperan, son solidarios y altruistas con quienes les rodean y resuelven sus problemas sin dañar a otros. Al mismo tiempo, cabe resaltar la problemática generada en los jóvenes que presentan mayores dificultades propiciadas por más factores de vulnerabilidad, los cuales no activan una red de apoyo que fomente el accionar prosocial mediante la formación de acuerdos y ayuda mutua.

Por otro lado, las relaciones de cooperación que establecen los jóvenes presentan indicios de competencia e individualismo, lo cual dificulta generar relaciones de ayuda duraderas que fomenten el desarrollo de los recursos internos.

Los recursos internos sirven como un medio para experimentar el mundo de diferentes formas y ser conscientes de su realidad, lo cual genera un sentido de deber ayudar a otros que no han tenido oportunidades similares por medio de acciones solidarias. Este sentido del deber ser proviene de la atención a las normas la cual pone a disposición una serie de pautas de comportamientos en función de las situaciones. Las interacciones reguladas por la atención a las normas facilitan la formación de relaciones positivas que sirven al mismo tiempo como espacios para el desarrollo de otros recursos internos. No obstante, al retomar el contexto hostil es pertinente considerar que estas relaciones positivas pueden ser escasas o no se sostienen con el tiempo. Ante la oportunidad de poner en práctica los recursos internos, las personas ponen en uso su reconocimiento del sentir cognitivo y emocional, el cual entra en sintonía con las acciones de ayuda consideradas altruistas.

Los jóvenes salvadoreños no realizan acciones prosociales culturalmente esperadas en las diferentes subetapas de la adolescencia temprana, mediana y tardía. Las manifestaciones de acción prosocial se mantienen de forma uniforme durante todas las etapas del ciclo vital que han recorrido. El contexto salvadoreño obstaculiza el desarrollo de recursos internos en jóvenes con factores de vulnerabilidad y sin factores de vulnerabilidad. La composición familiar no genera diferencias en el accionar prosocial y los recursos internos de los jóvenes. Se estima que, independientemente del tutor, existen prácticas de crianza generalizadas en las distintas composiciones familiares que no inciden en realizar comportamientos de ayuda o el desarrollo de recursos internos en los jóvenes estudiantes.

La socialización de hombres y mujeres tiene implicaciones marcadas. La socialización que las jóvenes estudiantes salvadoreñas con factores de vulnerabilidad las lleva a interiorizar la responsabilidad del cuidado de otros y a acoplarse a los mandatos sociales con mayor rigor, llevándolas a percibir situaciones de ganar-ganar en favor de comportamientos de ayuda, incluso llevándolas a realizar sacrificios por otros. Los mandatos sociales sobre las mujeres las llevan a interiorizar el desarrollo de planes ajenos como parte de su propia agenda, lo que le genera que desarrollen más sus recursos internos. Por otra parte, la validación de la expresión emocional en las mujeres promueve su capacidad empática.

A medida que él o la joven avanza en su plan de estudio, se logran consolidar alianzas respecto al grupo escolar; al existir un objetivo común, que es acceder a grados superiores, es posible encontrar comportamientos de cooperación. Sin embargo, las instituciones educativas no están impactando en la enseñanza de los recursos internos, por lo que el ejercicio de las fortalezas humanas se limita al centro escolar, impidiendo que estas se diversifiquen a otros entornos.

El consumo de estupefacientes, como un comportamiento considerado antisocial, genera diferencias en las acciones prosociales de los jóvenes estudiantes, en especial en la formación de alianzas y cooperación constante con otros. La búsqueda del placer individual vinculado con el consumo de estupefacientes genera una diferencia con la capacidad empática con respecto a los jóvenes que no los consumen. Por otro lado, la presencia de pandillas en las comunidades fomenta el accionar prosocial, asumido como un conjunto de acciones de ayuda en búsqueda de la supervivencia y el bien común. A pesar de la presencia de pandillas o ausencia de estas, las comunidades salvadoreñas no generan diferencias en el desarrollo de los recursos internos de los jóvenes estudiantes.

Al indagar a nivel contextual sobre estudios desde la corriente de la psicología positiva, se

ha encontrado el hecho de que estos estudios casi no existen a nivel nacional. Se identifica la necesidad de realizar investigaciones a mayor profundidad sobre todas las fortalezas humanas de los jóvenes salvadoreños. Identificar las fortalezas humanas ellos permitirá contribuir a comprender los mecanismos que les ayudan a hacer frente a las diversas situaciones adversas.

Dado el carácter cuantitativo del estudio, la información recolectada puede resultar limitada al explicar las motivaciones y situaciones referentes a las acciones prosociales en los jóvenes estudiantes salvadoreños. Se recomienda realizar investigaciones empleando metodologías cualitativas a fin de indagar más sobre las percepciones que motivan a realizar comportamientos de ayuda y qué situaciones los jóvenes perciben como comportamientos de ayuda.

Como parte de las limitaciones metodológicas encontradas durante el estudio, se recomienda hacer énfasis en ciertos puntos, para realizar futuras investigaciones en jóvenes en relación con acción prosocial y recursos internos. También la búsqueda de una mayor distribución en las edades de los jóvenes, al igual que una muestra más variada y no completamente escolarizada que represente de mejor manera a la juventud salvadoreña. Se recomienda, además, ser más exhaustivos en la búsqueda de factores de vulnerabilidad que afecten a los jóvenes.

Se recomienda a las escuelas realizar un plan de educación emocional el cual se centre en el desarrollo de la capacidad empática, siendo el recurso interno que mejor predice a la acción prosocial. El plan debe incluir modificaciones al currículo existente en función de crear nuevos espacios de interacción en los cuales los jóvenes puedan reforzar sus recursos internos y adquirir nuevos en situaciones de interacción. Por otro lado, para brindar más espacios de desarrollo para los recursos internos de los estudiantes, se recomienda a las escuelas idear planes de voluntariado en comunidades y así contribuir a disminuir la estigmatización hacia la juventud,

problemática que ha entorpecido el desarrollo de recursos internos en la sociedad.

A las escuelas también se les recomienda llevar a cabo un programa de educación en prácticas de crianza dirigida a los cuidadores de los estudiantes. En este programa se deben fomentar las prácticas de crianza que promuevan el aprendizaje y el desarrollo de los recursos internos, los cuales den cabida al modelaje de acciones prosociales para que los estudiantes las interioricen como un accionar propio y necesario para prevenir conductas violentas. Es importante que los cuidadores principales sean partícipes de este programa, dado que son un referente importante para los estudiantes al momento de decidir llevar a cabo una determinada acción prosocial.

Referencias bibliográficas

Arias, W. (2015). Conducta prosocial y psicología positiva. *Avances en Psicología*, 23(1), 37-47. http://www.unife.edu.pe/publicaciones/revistas/psicologia/2015_1/Walter_Arias.pdf

Auné, S., Abal, F. y Attorresi, H. (2015). Versión argentina de la Escala de Habilidades Prosociales de Morales Rodríguez y Suárez Pérez (2011). *PRAXIS. Revista de Psicología*, 16(26), 31-48. <http://www.praxis.udp.cl/index.php/praxis/article/view/24/14>

Auné, S., Abal, F. y Attorresi, H. (2016). Diseño y construcción de una Escala de Conducta Prosocial para Adultos. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación*, 42(2), 15-25. <https://www.aidep.org/sites/default/files/articles/R42/Art2.pdf>

Auné, S., Blum, D., Abal, J., Lozzia, G. y Horacio, F. (2014). La conducta prosocial: estado actual de investigación. *Perspectivas en Psicología*, 11(2), 21-33. https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/45115/CONICET_Digital_Nro.c77bde6d-b458-45eb-a940-0dcafd7a7e5_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Balabanian, C. y Lemos, V. (2018). Desarrollo y estudio psicométrico de una

escala para evaluar conducta prosocial en adolescentes. *Revista Iberoamericana de Diagnóstico y Evaluación*, 48(3), 177-188. <https://www.aidep.org/sites/default/files/2018-07/RIDEP48-Art15.pdf>

Batson, C. (1991). *The altruism question: Toward a social psychological answer*. Lawrence Erlbaum.

Batson, C. & Powell, A. (2003). Altruism and Prosocial Behavior. En T. Millon, M. Lerner & I. Weiner. (Eds.). *Handbook of Psychology* (pp. 463-484). John Wiley & Sons, Inc.

Betina, A. y Norma, E. (2016). Relaciones interpersonales positivas: los adolescentes como protagonistas. *Psicodebate*, 16(1), 73-94. <http://dx.doi.org/10.18682/vp.v16i2.598>.

Bendit, R. y Stokes, D. (2014). Jóvenes en situación de desventaja social: políticas de transición entre la construcción social y las necesidades de una juventud vulnerable. *Revista de Estudios de Juventud*, 65, 115-131. https://www.researchgate.net/publication/45428136_Jovenes_en_situacion_de_desventaja_social_politicas_de_transicion_entre_la_construccion_social_y_las_necesidades_de_una_juventud_vulnerable

Bernabé-Valero, G. (2014). *Psicología de la gratitud. Integración de la psicología positiva y humanista*. Latina.

Bonilla, G. (1998). *Cómo hacer una tesis de graduación con técnicas estadísticas*. UCA Editores.

Calvo, A., González, R. y Martorell, M. (2001). Variables relacionadas con la conducta prosocial en la infancia y adolescencia: personalidad, autoconcepto y género. *Infancia y Aprendizaje*, 24(1), 95-112. <http://redined.mecd.gob.es/xmlui/bitstream/handle/11162/31166/Calvo.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Casullo, M. (2006). El capital psíquico: aportes de la psicología positiva. *Psicodebate*.

Psicología, Cultura y Sociedad, 6, 59-72. <https://dspace.palermo.edu/ojs/index.php/psicodebate/article/view/441/221>

Casullo, M. y Urquiza, V. (2006). Empatía, razonamiento moral y conducta prosocial en adolescentes. *Anuario de Investigaciones*, XIII, 297-302. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=369139942031>

Corral, V. (2012). *Sustentabilidad y psicología positiva: una visión optimista de las conductas proambientales y prosociales*. El Manual Moderno.

Csikszentmihalyi, M. (1997). *Fluir: una psicología de la felicidad*. Kairós.

Cruz, J. y Portillo, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador; más allá de la vida loca*. UCA Editores.

Del Toro, M. (2015). La conducta prosocial y su relación con los estilos parentales en adolescentes: educación pública y privada. *Investigación y Práctica en Psicología del Desarrollo*, 1, 119-127. <https://revistas.uaa.mx/index.php/ippd/article/view/638/615>

Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC). (2018). *Encuesta de hogares de propósitos múltiples 2017*. <http://www.digestyc.gob.sv/index.php/temas/des/ehpm/publicaciones-ehpm.html>

Eguiluz, L. y Plasencia, M. (2014). Las fortalezas humanas y la satisfacción con la vida. *Psicoterapia y Familia*, 27(1), 32-44. https://www.researchgate.net/publication/319435088_LAS_FORTALEZAS_HUMANAS_Y_LA_SATISFACCION_CON_LA_VIDA

Fernández, J., Carrera, P., Oveja, L. y Berenguer, S. (1996). *Tratado de psicología social (Vol. II: Interacción social)*. Editorial Síntesis.

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). (2014). *Informe de situación de la niñez y adolescencia en El Salvador*.

Fredrickson, B. (2001). The role of positive emotions in positive psychology: The broaden-and-build theory of positive emotions. *American Psychologist*, 56(3), 218-226. <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC3122271/>

Fundación Educación y Cooperación (EDUCO). (2018). *La niñez y adolescencia salvadoreña en la encrucijada: crecer en una sociedad que incumple sus derechos*.

Garaigordobil, M. (2017). Conducta prosocial: el papel de la cultura, la familia, la escuela y la personalidad. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 6(2), 146-157. http://www.sc.ehu.es/ptwgalam/art_completo/2014/C%20Prosocial%20RMIP%202014.pdf

Gaviria, E., Cuadrado, I. y López, M. (2009). *Introducción a la psicología social*. Sanz y Torres.

Giraldo, Y. y Ruiz-Silva, A. (2015). La comprensión de la solidaridad. Análisis de estudios empíricos. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 13(2), 609-625. <https://www.redalyc.org/pdf/773/77340728005.pdf>

Gómez, I. (2013). *La evolución de la cooperación y el origen de la sociedad humana* (Tesis doctoral). Universidad Autónoma de Barcelona. <https://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/129280/igp1de1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

González, M. (1992). *Conducta prosocial: evaluación e intervención*. Morata.

IBM Corp. (2013). IBM SPSS Statistics for Windows, Version 22.0.

Inglés, C., Benavides, G., Redondo, J., García-Fernández, J., Ruiz-Esteban, C., Estévez, C. y Huescar, E. (2009). Conducta prosocial y rendimiento académico en estudiantes españoles de Educación Secundaria Obligatoria. *Anales de Psicología*, 25(1), 93-101. <https://www.redalyc.org/pdf/167/16711594011.pdf>

Inglés, C., Valle, A., García-Fernández, J. y Ruiz-Esteban, C. (2010). Conducta prosocial y motivación académica en estudiantes españoles de Educación Secundaria Obligatoria. *Universitas Psychologica*, 10(2), 451-465. <http://www.scielo.org.co/pdf/rups/v10n2/v10n2a11.pdf>

Inglés, C., Martínez-González, A. y García-Fernández, J. (2013). Conducta prosocial y estrategias de aprendizaje en una muestra de estudiantes españoles de Educación Secundaria Obligatoria. *European Journal of Education and Psychology*, 6(1), 33-53. <https://formacionasunivep.com/ejep/index.php/journal/article/view/88/113>

Jiménez, A. (2007). Las pandillas en El Salvador: la violencia como medio de poder. *Akademos*, 2(2), 47-60. <https://webquery.ujmd.edu.sv/siab/bvirtual/BIBLIOTECA%20VIRTUAL/REVISTAS/A/ADJP0000314.pdf>

Jiménez, V. (2011). Psicología positiva. En A. Puente. (Ed.). *Psicología contemporánea básica y aplicada* (pp. 567-589). Pirámide.

Hernández-Serrano, O., Espada, J. y Guillén-Riquelme, A. (2016). Relación entre conducta prosocial, resolución de problemas y consumo de drogas en adolescentes. *Anales de Psicología*, 32(2), 609-616. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.32.2.204941>

Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, M., (2014). *Metodología de la investigación*. McGraw-Hill.

Hervás, G. (2009). Psicología positiva: una introducción. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 23(3), 23-41. <https://www.redalyc.org/pdf/274/27419066003.pdf>

Kaufman, H. (1977). *Psicología social*. Interamericana.

Levine, R. (2003). The kindness of strangers: People's willingness to help someone during a chance encounter on a city street varies considerably around the world. *American Scientist*, 91, 226-233.

<https://pdfs.semanticscholar.org/db21/9069f-2352b150ea0776c00378f608863dadf.pdf>

Lipovetsky, G. (2000). *El crepúsculo del deber*. Anagrama.

Lyubomirsky, S., King, L. & Diener, E. (2005). The benefits of frequent positive affect: Does happiness lead to success? *Psychological Bulletin*, 131(6), 803-855. <https://www.apa.org/pubs/journals/releases/bul-1316803.pdf>

Marín, J. (2009). Conductas prosociales en el barrio Los Pinos, de la ciudad de Barranquilla, Colombia. *Revista CES Psicología*, 2(2), 60-75. <https://www.redalyc.org/pdf/4235/423539413005.pdf>

Marín, J. (2010). Revisión teórica respecto a las conductas prosociales. Análisis para una reflexión. *Psicogente*, 13(24), 369-388. <https://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:CncD03g1uEMJ:https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/6113912.pdf+%&cd=2&hl=es&ct=clnk&gl=sv&client=firefox-b-d>

Martín-Baró, I. (1985). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. UCA Editores.

Ministerio de Educación. (2016). *Análisis de la dinámica educativa de El Salvador en el periodo 2009-2014*. <https://www.mined.gob.sv/EstadisticaWeb/publicacion/ANALISIS-DINAMICA-EDUCATIVA-MINED.pdf>

Moñivas, A (1996). La conducta prosocial. *Cuadernos de Trabajo Social*, 9, 125-142. <https://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/view/CUTS9696110125A/8357>

Morales, F., Moya, M., Reboloso, E., Huici, C., Marques, J., Páez, D. y Pérez, J (1994). *Psicología social*. McGraw-Hill.

Olivares, A., Favela, M., Tirado, L., Barragán, O. y Hernández, E. (2013). Consumo de drogas y competencia social en jóvenes universitarios de la Unidad Regional Sur. *Epistemus*, 15(7), 5-12. <https://studylib.es/doc/1206964/consumo-de-drogas-y-competencia-social-en-investigaci%C3%B3n>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2010). *Datos Mundiales de Educación. VII Ed. 2010/11*. http://www.ibe.unesco.org/fileadmin/user_upload/Publications/WDE/2010/pdf-versions/El_Salvador.pdf

Ortiz, M. J., Etxebarria, I., Apodaka, P., Conejero, S. y Pascual, A. (2018). Moral emotions associated with prosocial and antisocial behavior in school-aged children. *Psicothema*, 30(1), 82-88. <http://www.psicothema.com/pdf/4454.pdf>

Ortiz, M. J., Apodaka, P., Etxebarria, I., Ezeiza, A., Fuentes, M. y López, F. (1993). Algunos predictores de la conducta prosocial-altruista en la infancia: empatía, toma de perspectiva, apego, modelos parentales, disciplina familiar e imagen del ser humano. *Revista de Psicología Social*, 8(1), 83-98. https://www.researchgate.net/profile/Maria_Fuentes15/publication/272559331_Algunos_predictores_de_la_conducta_prosocial-altruista_en_la_infancia_empatia_toma_de_perspectiva_apego_modelos_parentales_disciplina_familiar_e_imagen_del_ser_humano/links/561a154c08ae044edbb089fe/Algunos-predictores-de-la-conducta-prosocial-altruista-en-la-infancia-empatia-toma-de-perspectiva-apego-modelos-parentales-disciplina-familiar-e-imagen-del-ser-humano.pdf

Ovejero, M. (2014). *Evaluación de fortalezas humanas en estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid y diferencias de sexo: relación con salud, resiliencia y rendimiento académico* (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/49808/1/T40492.pdf>

Páez, M. (2013). Acercamiento teórico al concepto de solidaridad. *Realitas. Revista de Ciencias Sociales, Humanas y Artes*, 1(1), 42-50. https://revista-realitas.webnode.com.co/files/200000012-17738186de/8_Revista%20Vol%201%20No%201_articulo_7.pdf

Palella, S. y Martins, F. (2012). *Metodología de la investigación cuantitativa*. FEDUPEL.

Park, N., Peterson, C. & Seligman, M. (2004). Strengths of character and well-being. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 23(5), 603-619. https://edisciplinas.usp.br/pluginfile.php/3312569/mod_resource/content/1/CHARACTER%20STRENGTHS%20AND%20WELL%20%80%93BEING%20STRENGTHS%20OF%20CHARACTER%20AND%20WELL%20%80%93BEING.pdf

Park, N., Peterson, C. y Sun, J. (2013). La psicología positiva: investigación y aplicaciones. *Terapia Psicológica*, 31(1), 11-19. <https://www.redalyc.org/pdf/785/78525710002.pdf>

Perandones, T., Herrera, L. y Lledó, A. (2014). Fortalezas y virtudes personales del profesorado y su relación con la eficacia docente. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 7(1), 141-150. <https://www.redalyc.org/pdf/3498/349851791015.pdf>

Peterson, C. y Park, N. (2009). El estudio científico de las fortalezas humanas. En C. Vázquez y G. Hervás. (Coords.). *La ciencia del bienestar. Fundamentos de una psicología positiva* (pp. 181-208). Alianza Editorial.

Peterson, C. & Seligman, M. (2004). *Character strengths and virtues: A handbook and classification*. American Psychological Association & Oxford University Press.

Policía Nacional Civil. (2018). *Banco de datos PNC*. <http://estadistica.pnc.gob.sv:8080/pentaho/Login>

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2018). *Informe sobre desarrollo humano El Salvador 2018. ¡Soy joven! ¿Y ahora qué?* https://www.undp.org/content/dam/el_salvador/docs/IDHES%202018%20WEB.pdf

Quintero, J. (2007). *Teoría de las necesidades de Maslow*. <https://docplayer.es/20908893-Teoria-de-las-necesidades-de-maslow.html>

Comisión Nacional Antidrogas. (2017). *Informe nacional sobre drogas en El Salvador*. <http://www.seguridad.gob.sv/cna/wp-content/uploads/2018/04/Informe-Nac-s-Drogas-El-Salvador-2016-ISBN-E-Book.pdf>

Redondo, J., Rueda, S. y Vega, C. (2013). Conducta prosocial: una alternativa a las conductas agresivas. *INVESTIGIUM IRE. Ciencias Sociales y Humanas*, 4(1), 234-247. <https://investigiumire.unicesmag.edu.co/index.php/ire/article/view/56/55>

Rodríguez, L., Mesurado, B., Oñate, M., Guerra, P. y Menghi, M. (2017). Adaptación de la Escala de Prosocialidad de Caprara en adolescentes argentinos. *Revista Evaluar*, 17(2), 177-187. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/revaluar/article/view/18730>

Rodríguez, M. y Suárez, C. (2011). Construcción y validación de una escala para evaluar habilidades prosociales en adolescentes. *XI Congreso Nacional de Investigación Educativa*, 1-11. <http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v11/ponencias.htm>

Romero, J. (2015). ¿Educamos para la solidaridad? *INFAD. Revista de Psicología*, 1(1), 343-350. <http://www.infad.eu/RevistaINFAD/OJS/index.php/IJODAEP/article/view/101/136>

Ruiz, R. (2005). *Estudio e intervención en la conducta prosocial-altruista* (Tesis doctoral). Universidad de Córdoba (España).

Sánchez, C. (2014). *Revisión teórica sobre el estudio de las fortalezas humanas en diferentes etapas evolutivas* (Tesis de pregrado). Universidad de Jaén.

Seligman, M. (2003). *La auténtica felicidad*. Ediciones B.

Snyder, C. & Lopez, S. (2007). *Positive psychology: The scientific and practical explorations of human strengths*. SAGE Publications.

Stiefken, J. (2008). *Altruismo y solidaridad en el Estado de bienestar* (Tesis doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona.

Vázquez, C. (2009). La ciencia del bienestar psicológico. En C. Vázquez y G. Hervás, G. (Eds.). *La ciencia del bienestar. Fundamentos de una psicología positiva* (pp. 6-27). Alianza Editorial.